

Filología

N° 18

Gacetilla académica y cultural



Revista de estudiantes de Filología
Universidad de Antioquia

Gacetilla bimestral, Vol. 4

Diciembre de 2021

ISSN: 2619 - 5305 (en línea)

Medellín, Antioquia

Dirección:

Federico Jiménez Ruiz

Dirección editorial:

Brahiam Guerrero

Juan Ricardo Molina Rúa

Eliana Sepúlveda

Consejo editorial:

Manuela Henao Aguirre

Julio Mario Roperro Daza

Diseño y diagramación:

Johnnatan Naranjo Cuadros

Difusión:

Juan José Avilez Ortiz

Manuela Henao Aguirre

Asistencia editorial:

Karen de la Hoz Zapata

Isabella Ospino Cadavid

Samuel Restrepo Agudelo

Natalia Restrepo Sanmartín

Santiago Sánchez Franco

Administración plataforma

OJS:

Juan José Avilez Ortiz

Editora invitada:

Profesora: María Carmenza Hoyos

Londoño

Portada:

Eliana Sepúlveda

Filología

Gacetilla académica y cultural

N.º18

Diciembre de 2021



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

1803

Revista de estudiantes de Filología
Universidad de Antioquia

ÍNDICE



ESCRITURA ACADÉMICA

Los samis: construcción y reconocimiento de una cultura originaria del extremo norte de Europa

Milagro García Marengo

MISCELÁNEA

Nombres inmortalizados

Abelardo Pérez Mejía

TRADUCCIÓN

Le grand péril : l'ignorance

Victor Hugo

Traducido por Brahiam Guerrero

Amanecer en el Valle del Sinú

Raúl Gómez Jattin

Traducido por Santiago Sánchez Franco

Orphan Train's Prologue

Christina Baker Kline

Traducido por Isabella Ospino Cadavid

ESCRITURA CREATIVA

Emparamado

Felipe Osorio Vergara

Narración de una situación casual dentro de un molino

Aleja Hernández

Pintor-Poeta

Anna Banasiak

Vidas de cartón

Fabricio Muñoz

Itinerario

Ferazulhada

Graduarse en chanclas

Jerónimo Olarte López

Jorge Luis Borges

José Ignacio Soto

Delirios de incertidumbre. Decadencia (I)

Juan Pablo S. Burbano

Noches sin descanso

Maicol David Correa

Ontología del verbo

Manuel Felipe Álvarez-Galeano

El soldado, Yoltic y yo

Meneses Monroy

La eterna ausencia de mamá

Sara María

Nunca más les volvimos a hacer caso

Víctor M. Campos

El perro de la carretera

Yael Iván Salmerón Angón

Estrella distante

Sebastián Alejandro Marín Agudelo

LECTURA RECOMENDADA

Tierra y territorialidad

Édgar Garavito

Editorial

Si algo tenemos claro como filólogos es que nuestro quehacer investigativo y creativo no lo lee nadie. Pero que no se nos malinterprete, pues a lo mejor sí nos leerá, en algún momento, otro filólogo, y probablemente un profesor. Esto, en principio, no debería ser una preocupación, pues es un destino que ya asumimos desde que escogimos esta decimonónica profesión y escuchamos por primera vez un «¿filo-lo-qué?, ¿filosofía?... ¿eso qué es?», de boca de alguno de nuestros familiares o amigos.

Pese a lo anterior, aún somos optimistas de que nuestro trabajo pueda llegar a más personas. Como muestra de ello existe *Filología*, una apuesta para crear lazos entre nuestros compañeros del pregrado y también para extender nuestra actividad a un público más amplio; una tarea que, desde luego, se ha logrado poco a poco y que se materializa en este nuevo número 18.

Con este número, el último del año, cerramos un ciclo muy significativo para nosotros. Desde diciembre del

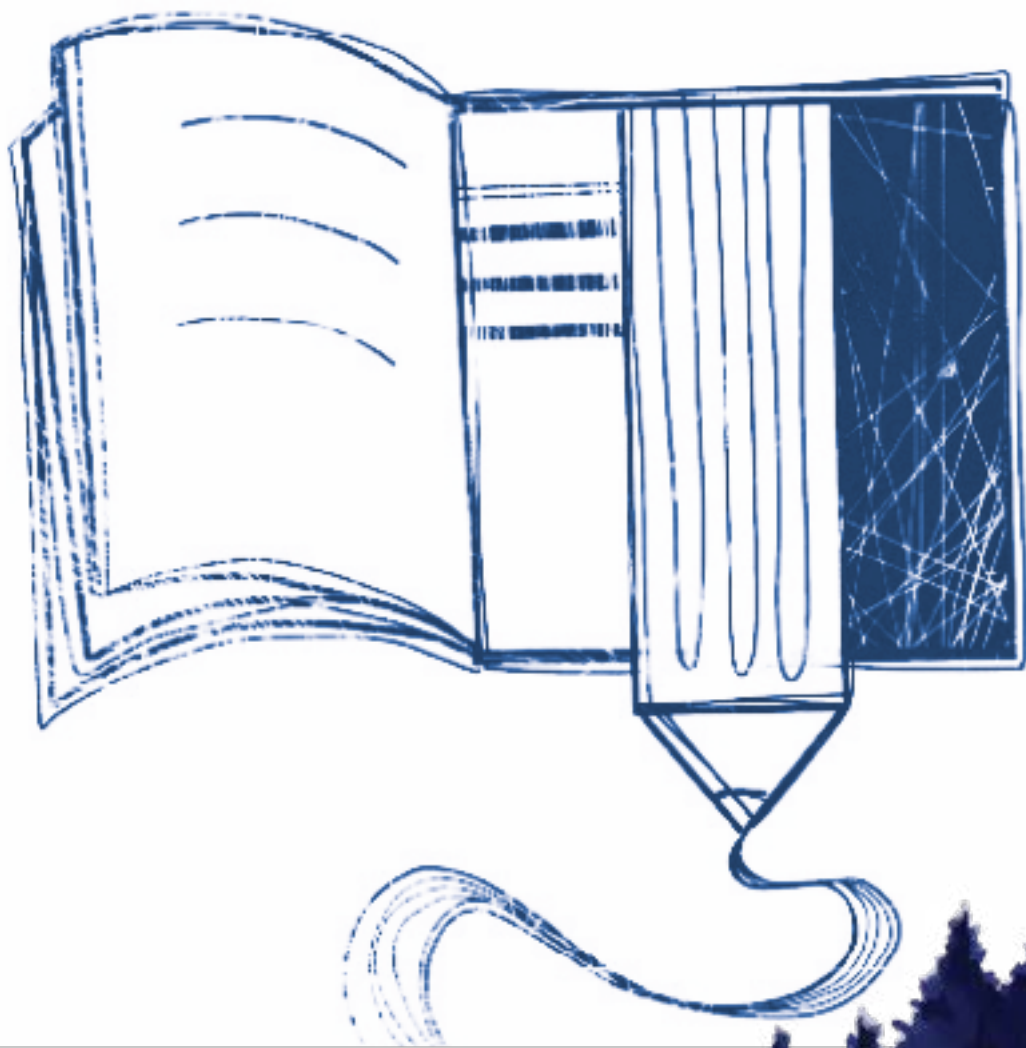
2017, fecha del primer número, nunca habíamos logrado cumplir con un cronograma fijo. Naturalmente, los esfuerzos al comienzo de la *Gacetilla* fueron muy diferentes a los actuales. La apuesta mensual y mucho más resumida (más acorde a una gaceta), fue reemplazada por la de una revista. Con ello, buscamos dar continuidad a los compromisos que hemos adquirido con nuestros autores y lectores.

Y con el ánimo de seguir mejorando en nuestra labor editorial, para la edición de este número hemos contado con la participación de la profesora y editora María Carmenza Hoyos. Además, nos parece afortunado compartir algunos textos de nuestro propio equipo de trabajo, y como una de las facetas más comunes del filólogo es su interés por las diferentes culturas, nuestros compañeros han realizado algunas traducciones.

Finalmente, nos complace presentarles un número compuesto en su

mayoría por textos de escritura creativa. Tanto poemas como cuentos cortos y ensayos hacen parte de esta miscelánea; dos textos más de escritura académica y una reflexión sobre la vida universitaria enriquecen este repertorio. Por último, y como lectura recomendada, presentamos un texto de reflexión sobre la tierra y territorialidad del filósofo bogotano Edgar Garavito.

Con este número despedimos este año 2021. Una vez más, agradecemos a todos los que han aportado a este proyecto y esperamos contar con ustedes nuevamente el próximo año con el optimismo que augura este retorno gradual a la presencialidad.



ESCRITURA ACADÉMICA

Los samis: construcción y reconocimiento de una cultura originaria del extremo norte de Europa

Milagro García Marengo¹

Sápmi: una nación en cuatro países

En el extremo norte de Europa, en las tierras habitadas del Círculo Polar Ártico se extiende la Nación Sápmi, repartida en cuatro países: Noruega, Suecia, Finlandia y Rusia. Los nacionales de Sápmi son los Samis, pueblo que ha vivido en Lapponia desde miles de años y cuya presencia en estas tierras, según descubrimientos arqueológicos, puede datar de 10.000 años atrás. Sápmi cuenta hoy con una población de alrededor de 80.000 habitantes, quienes tienen doble nacionalidad: son ciudadanos de Sápmi y de sus respectivos países. Los historiadores señalan que desde la Edad Media hasta entrado el siglo XX, los distintos pueblos sami han vivido como nómades, subsistiendo principalmente de la caza, la pesca y la cría de renos.

Es un error común considerar a

los samis como un pueblo homogéneo; muy por el contrario los distintos pueblos que conforman Sápmi ostentan rasgos culturales muy diferenciados entre sí, lo que se evidencia en sus costumbres y, sobre todo, en sus lenguas. Esta heterogeneidad ha obstaculizado durante años la organización de la Nación y el reclamo por la reivindicación de sus derechos. Es por ello que, como parte de una estrategia política, se ha “construido” la Nación Sápmi con base en elementos de identificación común.

Similar error es hablar de la lengua sami y de sus múltiples dialectos orbitando alrededor. El sami o lapón fue el resultado de un proceso de estandarización con fines políticos y que, como toda estandarización, se ha efectuado sobre una selección arbitraria dentro de la pluralidad de variedades lingüísticas que se hallaban dispersas.

¹ Prof. en Letras y abogada de la Universidad Nacional de Tucumán. Máster en Gestión Educativa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso). Estudiante del Máster Universitario en Ciencia del Lenguaje y Lingüística Hispánica en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Docente de Español como Lengua Extranjera (ELE) en Suecia. Correo electrónico: eledism@yahoo.com.ar

La realidad es que los lapones no hablan sami, sino alrededor de cincuenta lenguas, muchas de ellas en peligro de extinción. Si bien todas forman parte de la misma gran familia lingüística, la comprensión entre ellas es a veces imposible. “La expresión *lengua sami* es incorrecta. De hecho, se trata de muchas lenguas. Si un pastor de renos del Norte de Laponia se encuentra con un pastor del Sur, no pueden comunicarse con sus respectivas lenguas, sino que en su lugar deben usar el sueco. Tan grande es la diferencia.” (HANSEGÅRD, 1974, pg. 32).

Culturalmente, las políticas colonialistas de los Estados Nórdicos adquirieron diferentes métodos durante los años. Como en América, fue principalmente la iglesia quien tuvo la misión de asimilar a la población sami. Se combatió el paganismo y lo “salvaje” de su cultura con prácticas que fueron de lo sangriento a otras formas más “civilizadas” pero no menos agresivas. Las escuelas fueron la principal arma de aculturación. En sus manos estaba convertir a los lapones en nacionales de sus países, enseñándoles nuevas costumbres, y sobre todo, las lenguas nacionales, cuya asignatura escolar se llamó irónicamente *lengua materna*.

De la dispersión a la unificación política: la “construcción” de la identidad sami

Los estados nórdicos reconocieron formalmente a los samis como pueblo originario hacia fines de la década

del setenta. Estos procesos de reivindicación respondieron, en primer lugar, a una coyuntura mundial posterior a la Segunda Guerra Mundial, en la que el colonialismo y los derechos humanos fueron puestos en el centro de los debates. Asimismo, en el plano regional, se consolidó el modelo socialdemócrata de desarrollo, que posibilitó una sociedad igualitaria que llegó a la década del ochenta con las tasas de desigualdad por renta más bajas del mundo.

Como tercer factor, los autores Burmeister Hicks y Somby señalan la importancia de una estrategia que fue decisiva para el reconocimiento de los samis como pueblo originario: la reconstrucción de una identidad y una cultura sami común (BURMEISTER HICKS Y SOMBY, 2006). La elite sami entendió que era necesario unificar las múltiples identidades dispersas en un perfil identitario común, “creando” una identidad pan-sami basada en la etnicidad, la cultura, la tradición y el patrimonio. Como táctica de lucha, la heterogeneidad cultural debía transformarse en una cultura homogénea con un pasado y tradiciones comunes capaces de dotar de legitimidad histórica a los distintos grupos. Esto no quiere decir que no hayan existido lazos identitarios comunes entre los distintos pueblos y que estos lazos no les hayan permitido reconocerse, aún a pesar de las diferencias, como un grupo humano distinto de aquellos con los que convivían: los nórdicos. En otras palabras, mientras la frontera con

el “otro” era clara y distintiva, la definición del “nosotros” era aún difusa y se escindía en múltiples identidades. Era necesario, por ende, construir un “nosotros” que uniformara las distintas culturas y que, sobre todo, brindara una imagen nítida y compacta hacia el exterior.

En este proceso de construcción identitaria, que se inició en la década del cincuenta, se hizo imprescindible la creación de símbolos comunes: una lengua para todo Sápmi, una bandera, festividades y tradiciones comunes. En este sentido, la imposición de un idioma común fue fundamental en el fortalecimiento de lo que se conoció como el “movimiento sami” de la década del sesenta. Asimismo, y en aras de la uniformización de la cultura, el reno devino en ícono cultural sami, a pesar de que el pastoreo de renos no representa el estilo de vida de muchos samis. Esto, amén de haber contribuido a la conquista de los objetivos políticos planteados, ha traído aparejado, sin embargo, no pocos problemas. Muchos de los derechos que les fueron reconocidos a los samis están sólo ligados al pastoreo de renos, lo que deja a aquellos samis que no comparten el mismo medio de vida, fuera de la cobertura de esos derechos.

Marco legal de protección a las culturas originarias: nivel mundial y regional

El largo camino de los samis hacia el reconocimiento y la reivindicación se enmarca en una coyuntura mundial

caracterizada por la discusión a nivel global, continental y regional sobre los pueblos aborígenes. Fruto de esos debates son las distintas leyes y convenios que dan el marco legal de protección a las culturas amenazadas. Es necesario realizar una lectura crítica de esos documentos, sobre todo en lo que se refiere a las categorías clasificatorias de *lengua y dialecto*, que en ellos se utilizan y con las que se determinan las distintas tutelas. Asimismo, y circunscrito el análisis a los textos legales europeos, es indispensable poner en discusión aquí la recurrente mención al *patrimonio cultural común* y lo que con ello se connota.

Naciones Unidas

Con la Carta de las Naciones Unidas de 1945 y su Declaración Universal sobre los Derechos Humanos de 1948, la lengua se convierte en un derecho humano y su silenciamiento o proscripción, por consiguiente, una violación al mismo.

En idéntico sentido, el Convenio 169 de la OIT sobre pueblos indígenas y tribales, reconoce la aspiración de los pueblos indígenas a asumir el control de sus instituciones, formas de vida y desarrollo económico con fortalecimiento de ellas y de su religiosidad. De igual forma, consagra la propiedad colectiva de los territorios.

A nivel global también fue de suma importancia la Declaración de las Naciones Unidas sobre los derechos de

los pueblos indígenas (2007). En este documento se garantiza el derecho de los pueblos y los individuos indígenas a no ser objeto de ningún tipo de discriminación en el ejercicio de sus derechos, en particular la fundada en su origen o identidad indígenas. En cuanto a la lengua, la Declaración consagra el derecho a la educación en las lenguas originarias así como el respeto por los métodos culturales de enseñanza y aprendizaje.

Europa

Tratado de Maastricht

Fue recién en 1992, con la reforma del Tratado de Roma de 1957, cuando la Unión se propone por primera vez la cultura como un campo de planeamiento común. El Tratado de Maastricht de 1992 expresa la necesidad de que las políticas culturales garanticen tanto la diversidad nacional como la identidad cultural de la región. Su artículo 128 reza que “La Unión contribuirá al florecimiento de las culturas de los Estados miembros, dentro del respeto de su diversidad nacional y regional, poniendo de relieve al mismo tiempo el patrimonio cultural común.” (Unión Europea, 1992, pg. 48).

Es interesante ver el pivot discursivo del artículo entre lo común y lo diverso. Para los defensores de una identidad europea común, el texto peca de extrema “timidez y cautela” al no mencionar explícitamente dicha identidad. (BECERRIL ATIENZA, pg. 1024-1025). Otros críticos ven a esta

mentada *identidad* regional como una impostura que hace aguas por todos sus frentes y que fue creada con los fines económicos y políticos de diferenciarse de un *otro* (América, Asia, África). “La definición dominante de los *nuevos europeos* favorece las creencias religiosas judeocristianas, el relato helenista de las políticas, las artes y las ciencias, y la jurisprudencia romana... En suma, se ha inventado una herencia común a favor de una renovada Ilustración y en contra de la americanización.” (MILLER Y YÚDICE, 2004, pg. 243).

Carta Europea sobre las Lenguas Regionales y Minoritarias

Dentro del marco europeo, otro documento de singular importancia, sobre todo por la discusión que ha desatado, es la *Carta Europea sobre las Lenguas Regionales y Minoritarias* de 1992. Este tratado exige a los estados miembro permitir el acceso de las principales lenguas regionales a los programas de educación y al espacio mediático. Es llamativo el hecho de que de los 47 países miembros del Consejo de Europa, sólo 25 han ratificado la Carta.

Lengua-dialecto: la falsa dicotomía del nacionalismo lingüístico

La negativa de algunos estados de ratificar la Carta es la mejor prueba de que la misma constituye aún hoy lo que Bourdieu llama un “discurso herético” (BOURDIEU, 1985, pg.125). Sin embargo, la “herejía” de la Carta consiste en delimitar un campo de protección

que comprende sólo aquellas variedades que el texto decide llamar “lenguas”, dejando fuera, por pertenecer a una categoría inferior, lo que arbitrariamente denomina “dialecto”. Fuera de las que el texto considera lenguas minoritarias, supone la ley que hay una sola lengua, la nacional, y alrededor, gravitando en forma irregular y desordenada, las manifestaciones locales de ella, las que se denominan dialectos.

El discurso hegemónico de la Carta, que se autoproclama proteccionista, se manifiesta sobre todo a través del concepto mismo de lengua minoritaria que propone y delimita. Así, son lenguas minoritarias aquellas “*habladas tradicionalmente en un territorio de un Estado por nacionales de ese Estado que constituyen un grupo numéricamente inferior al resto de la población del Estado*” (Consello d’a Fabla Aragonesa, 1992, pg. 3). El texto aclara, sin embargo, que esto “*no incluye los dialectos de la(s) lengua(s) oficial(es) del Estado ni las lenguas de los inmigrantes*” (pg. 3). Como se ve, los supuestos que la norma establece no representan ningún peligro capaz de desestabilizar el orden lingüístico existente, ya que delimita el objeto de protección a una reducida población.

Por otro lado, el texto legal incurre en una falacia: la distinción que establece entre lengua y dialecto, brindando protección sólo a la primera. Como sabemos, no hay nada estrictamente lingüístico que permita trazar

una línea entre una lengua y un dialecto, con lo cual el texto entra en un terreno sumamente pantanoso a la hora de determinar qué lenguas entrarían dentro de la protección y cuáles fuera. La realidad lingüística humana no conoce de lenguas y dialectos, sino que es simplemente un continuum de actos lingüísticos concretos. Sin embargo las naciones utilizan a menudo las categorías de *lengua* y *dialecto* para justificar determinadas ideologías nacionalistas que se esconden tras discursos que se presentan como científicos y que sostienen que tal distinción obedece a una evolución puramente lingüística. (MORENO CABRERA, 2008, pg. 19). Luego, ese mismo discurso hegemónico adquirirá un disfraz más proteccionista y propondrá falsamente salir en defensa de las lenguas olvidadas, lo que hace sin cuestionar las mismas categorías que originan dicha minorización.

El ser europeo

La recurrente referencia al *ser europeo* esconde la lucha por el sentido que debe otorgársele a ese nombre común, que connota todo y a la vez nada. Tanto los detractores de la Carta como sus impulsores no consiguen definir los rasgos que comprende esa *identidad europea* y la remanida *Unidad en la diversidad* parece encerrar más conflictos que comuniones. Al interior de los Estados ocurre algo similar, pues la *identidad nacional* es un campo simbólico en donde distintos grupos desatan luchas por la legitimidad y la construcción de

significado de ese “nosotros” aglutinador.

Esta mirada romántica que destaca el diálogo y la armonía de las diferencias y que con tono rimbombante habla de una esencia perpetua, encuentra poco asidero en la realidad cotidiana de las minorías que luchan por el reconocimiento y la visibilidad.

El destino de las lenguas minoritarias

A pesar de las acciones de protección y fomento de estas lenguas por parte de los Estados, mi mirada es, no obstante, pesimista. La fuerza arrolladora de la globalización tiene consecuencias irreversibles para las identidades regionales y hace que estas lenguas entren en paulatino empobrecimiento y posterior extinción. No es una profecía, sino que la realidad ya da muestras de

un firme retroceso de las lenguas minoritarias, cuyos hablantes sienten que su primera lengua o “lengua fuerte” es la lengua mayoritaria.

Cuando una lengua minoritaria reduce su uso al ámbito familiar, las posibilidades de movimiento social se limitan para ese grupo, el que se ve obligado a reemplazar su lengua materna por la lengua oficial, que es la lengua de las “posibilidades”. El concepto de “semilingüismo” contribuye a explicar en parte la realidad de muchos hablantes de lenguas minoritarias, quienes ante la presión de formar parte del “sistema”, abandonan su lengua en ámbitos públicos para apropiarse de la llamada lengua nacional. Urgen, por tanto, políticas de fomento real de las lenguas amenazadas, pues el solo “permitir” su uso no alcanza para salvarlas del olvido.

Bibliografía

- Ahlness, E.A. y M.G. Gauto. (2019). Descolonizar los espacios grises: el arte y la narración como activismo político de los samis. En *Ecología Política*, Vol.57 (62-69) <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6992834>
- Bourdieu, P. (1985). *¿Qué significa hablar?* Akal Universitaria.
- Burmeister Hicks, C. y Somby, A. (2006). Respuestas de los sami a la pobreza en los países nórdicos En Cimadamore, A; Eversole, R y Mc. Neish, J. *Pueblos indígenas y pobreza. Enfoques multidisplinaris*. (217-234) <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/crop/indige/S2C2Hicksetal.pdf>

- Consello d'a Fabla Aragonesa. (1992). *Carta Europea de las lenguas regionales y minoritarias*. <https://www.consello.org/pdf/cartaeuropea92.pdf>
- Hansegård, Nils Erik. (1974). Samernas språk en Svonni, Lars (comp.) *Samerna: ett folk i fyra länder* (pg. 30-36) Prismaserien.
- Marainen, Johannes. (2016). Jag- en same i det svenska samhället. En Westergren, E. Y Åhl, H (comp.) *Mer än ett språk. En antologi om flerspråkigheten i norra Sverige*. (pg. 22-30) Studentlitteratur.
- Miller, T. y Yúdice, G. (2002). *Política Cultural*. Gedisa.
- Moreno Cabrera, Juan Carlos. (2008). *El nacionalismo lingüístico: Una ideología destructiva*. Península.
- Unión Europea. (1992). Tratado de la Unión Europea.
https://europa.eu/europeanunion/sites/default/files/docs/body/treaty_on_european_union_es.pdf



MISCELÁNEA

Nombres inmortalizados

Abelardo Pérez Mejía¹

Los epónimos son palabras creadas a partir del nombre propio de un personaje histórico o mitológico, y se han consagrado en la tradición lingüística social.

Yule, 2007

Cuando en 1789, durante la efervescencia de la Revolución francesa, el diputado Joseph-Ignace Guillotin defendía acaloradamente el uso del artefacto que tenía la filuda navaja para cortar las cabezas de los condenados a muerte (De Paula, 1853), jamás imaginó que también inmortalizaba su apellido con esta macabra propuesta. En efecto, la sangrienta máquina fue bautizada como *guillotine*, que en español fue asimilado con el nombre de «guillotina». Desde esta palabra se derivaron otras, tales como «guillotinar» o «guillotinado», referidas siempre a la acción realizada con una afilada hoja de acero.

Este proceso de acuñar palabras a partir del nombre de un personaje es un hecho muy común en la construcción del léxico de una lengua. Los vocablos que han surgido como resultado de este mecanismo de creación reciben el nombre de «epónimos». Estas construcciones lingüísticas se han convertido, desde ti-

empos inmemoriales, en una fórmula para perennizar el grato recuerdo de un patriarca, exaltar la figura de un héroe, o conmemorar el nombre de un benefactor, evocándolo permanentemente en la memoria colectiva de la humanidad.

En los períodos remotos de las civilizaciones occidentales existió una marcada costumbre de señalar a toda una colectividad con el nombre del «genearca». A los griegos de la antigüedad, por ejemplo, se les conoció como «helenos» (Carrasquilla, 2016), palabra derivada del mitológico rey Heleno, el hijo de Deucalión y Pirra, la primera pareja que pobló la Tierra después de que Zeus destruyó a la humanidad, según Apolodoro (como se citó en Bleeker, 1988). El nombre de Heleno ha traspasado los milenios de la historia, tanto así que, en la actualidad, Grecia es denominada oficialmente con el nombre de República Helénica.

¹ Licenciado en lengua y literatura por la Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle, y licenciado en periodismo por la Universidad Jaime Bausate y Meza. Labora en el Instituto Superior Pedagógico *América* de Lima. Correo electrónico: jabelardope@gmail.com

Los seres de la mitología griega han sido una beta inacabable para la creación de palabras «epónimas», es así como han surgido vocablos tan familiares como «afrodisiaco», brebaje estimulante de la libido, cuya acuñación se originó con el nombre de Afrodita, diosa del deseo sexual. También los de nombres de héroes como Aquiles y Odiseo se impregnaron en la posteridad de la «eponimia»: el primero rememorado en el talón del pie, como sinónimo de punto débil, y el segundo evocado en la palabra «odisea», referido al conjunto de peripecias desagradables que atraviesa una persona (RAE, 2020). De los griegos, además, se recogieron nombres geográficos como la isla de Icaria en el mar Egeo para evocar el atrevido vuelo de Ícaro, el hijo de Dédalo, asimismo el nombre de la diosa Atenea, madre de la sabiduría, que fue perennizado en la capital de Grecia mediante un plebiscito convocado por el rey Cecróps (San Agustín, 2011).

En la historia hebrea, a partir de los hijos de Noé se imprimieron los nombres epónimos para los pueblos de la tierra. Según la narración bíblica, después del Diluvio universal, los hijos sobrevivientes del constructor del arca se dispersaron por distintas regiones con la finalidad de poblar nuevamente el globo. Sem, Cam y Jafet se constituyeron en nombres epónimos que dominaron la clasificación racial de la historia de la humanidad hasta el siglo XIX. Según María Bernardo (1866), a partir de Sem se multiplicaron los semitas, de piel trigueña; de Cam surgieron los

camitas, de raza negra; y de Jafet descendieron los jafetitas, caracterizados por su tez blanca.

También, el mapamundi se encuentra diseminado de curiosos epónimos. El apellido del general Simón Bolívar constituyó una fuente de inspiración para los parlamentarios altioplánicos, quienes denominaron a su nueva nación como República de Bolivia, en gratitud por los servicios brindados por el Libertador (Gutiérrez, 1981). En España, el enigmático rey Felipe II fue tomado por sus súbditos para bautizar como Filipinas al archipiélago asiático. Américo Vespucio, el caso geográfico más paradigmático de los epónimos, se perpetuó gracias a los monjes del monasterio de Saint Dié, quienes sellaron el mapa del nuevo continente descubierto, denominado como América en el atlas geográfico del siglo XVI (Betanzos, 2002).

En la Medicina, una serie de nomenclaturas «epónimas» figuran en el listado de diversas dolencias y malformaciones. El nombre del médico investigador, Gerhard Armauer Hansen, se inmortalizó en el terrible mal cutáneo de la lepra, denominando a esta enfermedad, por extensión, como mal de Hansen. Por otra parte, la bacteria desencadenante de la tuberculosis pulmonar lleva el nombre de bacilo de Koch, como un excelso homenaje a su descubridor. Por último, se puede mencionar que el apellido del bacteriólogo francés, Louis Pasteur, fue tomado como un acuñador

de términos antibacterianos que hasta hoy benefician a la gran industria de la alimentación, inclusive, se creó el verbo «pasteurizar» (RAE, 2020), desde cuya conjugación se produce una constante recreación de palabras que toman el apellido del sabio galo.

La eponimia no solo exalta y perenniza un buen recuerdo, también reporta la existencia de personajes luctuosos, seres cubiertos con el manto de la perfidia o de la morbosidad. Así pues, el calificativo de «judas» se estampa hasta ahora como un estigma para todo aquel que realiza la felonía del apóstol Iscariote, del mismo modo que el nombre del terrible rey de los hunos, Atila, se usa para calificar a una persona indolente y cruel; o la perversa manipulación para saciar los mezquinos intereses personales y el arte de la doblez son conocidas como maquiavelismo, dado el ingrato recuerdo que se tiene del consejero de príncipes y reyes, el florentino Nicolás Maquiavelo.

Entre todos estos epónimos, ninguno tan infausto como el que fue inspirado en un personaje con imaginación macabra y espíritu afiebrado: el Marqués de Sade. Este escritor francés pobló sus cuentos y novelas con personajes

monstruosos, seres descarnadamente libertinos en lo sexual, en donde el elemento erógeno del placer se encendía con la violencia infligida, como sucedía con los personajes de su novela *Los 120 días de Sodoma* (De Sade, s/f). De aquí nació la palabra «sadismo», referida a la parafilia que produce la excitación del agresor por el maltrato físico o psíquico que le hace a su víctima. El término «sádico» ha proliferado en los discursos de nuestro mundo sexualmente libertino, los psiquiatras han desgranado esta palabra para explicar conductas extrañas, formándose otros términos como «sadismo oral» y «zoosadismo», esta última referida al sufrimiento ocasionado sobre los animales con la finalidad de obtener excitación sexual (Hernández, 2013).

Como se observa, el espíritu de un personaje aún pervive y se delata a través del sonido de la palabra epónima. Al ser humano, solo le queda ese consuelo de inmortalidad para hacerle frente a la implacable erosión del tiempo que lo pulveriza. Así pues, en la memoria histórica de cada hombre, los epónimos seguirán evocándose como una fórmula permanente de agradecimiento, o apareciendo, paradójicamente, como un indeseable estigma.

Referencias

- Bernardo, M. (1866). *Los héroes del cristianismo al través de las edades*. (Tomo I). Sociedad Editorial de la Maravilla. https://books.google.com.pe/books?id=zn773K-k3yFwC&printsec=frontcover&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false
- Betanzos, M. (2002). *Américo Vespucio*. Penguin Random House Grupo Editorial Argentina.
- Bleeker, C. (1988). *Historia religionum: Manual de Historia de las Religiones*. Ediciones Cristiandad. <https://books.google.com.pe/books?id=fXamtVSli5QC&pg=PA421&dq=deucali%C3%B3n+y+pirra+apolodoro&hl=es->
- Carrasquilla, J. (2016). *Mitología Griega* (Tomo III, Vol. 3). Editorial Cultiva Libros.
- De Paula, F. (1853). *Enciclopedia moderna: diccionario universal de literatura*. (Tomo 22). <https://books.google.com.pe/books?id=TjCkR8MEKdsC&printsec=frontcover&dq=Enciclopedia+moderna:+diccionario+universal+de+literatura.+Tomo+22&hl=es->
- De Sade, Marqués. (s. f). *Los 120 días de Sodoma*. Elejandría.
- Gutiérrez, A. (1981). *La Iglesia que entendió el Libertador Simón Bolívar*. Universidad Católica Andrés.
- Hernández, R. (2013). *Parafilias, una clasificación fenomenológica*. <http://revsexologiaysociedad.sld.cu/index.php/sexologiaysociedad/article/view/172/212>
- Real Academia Española. (2020). *Diccionario de la lengua española*. (23.^a ed.), <https://dle.rae.es/>
- San Agustín. (2011). *La ciudad de Dios*. NoBooks Editorial. <https://books.google.com.pe/books?id=dqWxCAAQBAJ&pg=PT950&dq=atenas+cecrops+san+agust%C3%ADn&hl=es->

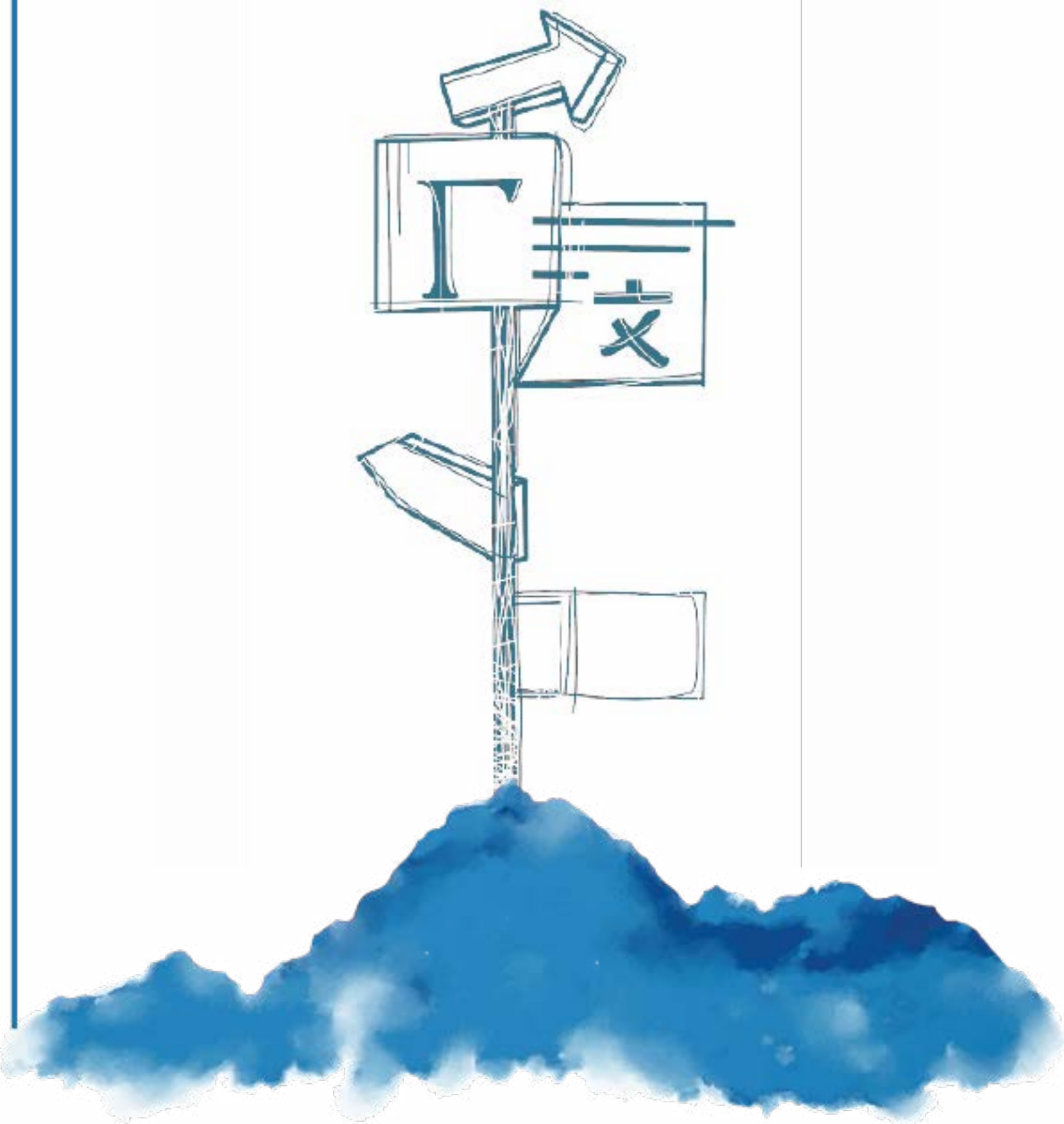


6.402: Y +, Y +, Y + Y + ...

Gustavo Jaramillo V

2020

TRADUCCIÓN



El gran peligro: la ignorancia

Traducido por Brahiam Guerrero

¿Cuál es el gran peligro de la situación actual? La ignorancia.

La ignorancia aún más que la miseria. La ignorancia que nos desborda, que nos asedia, que nos toma desde todas partes. Es a raíz de la ignorancia que algunas doctrinas fatales pasan desde la mente despiadada de los teóricos hasta el cerebro de las multitudes.

Y es en un momento semejante, delante de tal amenaza, que se pensaría en atacar, en mutilar, en hacer tambalear todas esas instituciones que tienen por objetivo especial perseguir, combatir, destruir la ignorancia.

Se suministra iluminación a las ciudades, se encienden todas las noches, y se hace muy bien, hay faroles en las intersecciones, en las plazas públicas; ¿cuándo entonces se comprenderá que la noche puede producirse en el mundo moral y que hay que encender antorchas en las mentes?

Sí, señores, insisto. Un mal moral, un mal profundo nos preocupa y nos atormenta. Este mal moral, resulta extraño decirlo, no es otra cosa que el exceso de tendencias materiales. Y bien, ¿cómo combatir el desarrollo de las tendencias materiales? Por medio del desarrollo de las tendencias intelectuales; hay que quitar del cuerpo y dar al alma.

Cuando digo: hay que quitar del cuerpo y dar al alma, no malinterpreten mi sentimiento. Todos ustedes me comprenden; deseo apasionadamente, como cada uno de ustedes, el mejoramiento de la suerte material de las clases que sufren; es esto, según yo, el gran, el excelente progreso al cual todos debemos extender todos nuestros deseos como hombres y todos nuestros esfuerzos como legisladores.

Y bien, el gran error de nuestro tiempo ha sido inclinar, más bien digo, agachar la mente de los hombres hacia la búsqueda del bien material.

Es importante, señores, remediar este mal; hay que enderezar, por decirlo de alguna manera, la mente del hombre; hay que, y esta es la gran misión [...], levantar la mente del hombre, girarla hacia la consciencia, hacia lo bello, lo justo y la verdad, lo desinteresado y lo grande. Es en este punto, y solamente aquí, que ustedes encontrarán la paz del hombre con sí mismo y en consecuencia la paz del hombre con la sociedad.

Para llegar a este objetivo, señores, ¿qué habría que hacer?

Habría que multiplicar las escuelas, las cátedras, las bibliotecas, los museos, los teatros, las librerías.

Habría que multiplicar las casas de estudios donde se medite, donde se instruya, donde se reflexione, donde se aprenda alguna cosa, donde se llegue a ser mejor; en una palabra, habría que hacer penetrar de todas partes la luz en la mente del pueblo; ya que es por las tinieblas que se pierde.

Discurso en la Asamblea Nacional (1848).

Le grand péril : l'ignorance

Victor Hugo

Quel est le grand péril de la situation actuelle ? L'ignorance.

L'ignorance encore plus que la misère. L'ignorance qui nous déborde, qui nous assiège, qui nous investit de toutes parts. C'est à la faveur de l'ignorance que certaines doctrines fatales passent de l'esprit impitoyable des théoriciens dans le cerveau des multitudes.

Et c'est dans un pareil moment, devant un pareil danger, qu'on songerait à attaquer, à mutiler, à ébranler toutes ces institutions qui ont pour but spécial de poursuivre, de combattre, de détruire l'ignorance.

On pourvoit l'éclairage des villes, on allume tous les soirs, et on fait très bien, des réverbères dans les carrefours, dans les places publiques ; quand donc comprendra-t-on que la nuit peut se faire dans le monde moral et qu'il faut allumer des flambeaux dans les esprits ?

Oui, messieurs, j'y insiste. Un mal moral, un mal profond nous travaille et nous tourmente. Ce mal moral, cela est étrange à dire, n'est autre chose que l'excès des tendances matérielles. Eh bien, comment combattre le développement des tendances matérielles ? Par le développement des tendances intellectuelles ; il faut ôter au corps et donner à l'âme.

Quand je dis : il faut ôter au corps et donner à l'âme, ne vous méprenez pas sur mon sentiment. Vous me comprenez tous ; je souhaite passionnément, comme chacun de vous, l'amélioration du sort matériel des classes souffrantes ; c'est là selon moi, le grand, l'excellent progrès auquel nous devons tous tendre de tous nos vœux comme hommes et de tous nos efforts comme législateurs.

Eh bien, la grande erreur de notre temps, ça a été de pencher, je dis plus, de courber l'esprit des hommes vers la recherche du bien matériel.

Il importe, messieurs, de remédier au mal ; il faut redresser pour ainsi dire l'esprit de l'homme ; il faut, et c'est la grande mission [...] relever l'esprit de l'homme, le tourner vers la conscience, vers le beau, le juste et le vrai, le désintéressé et le grand. C'est là, et seulement là, que vous trouverez la paix de l'homme avec lui-même et par

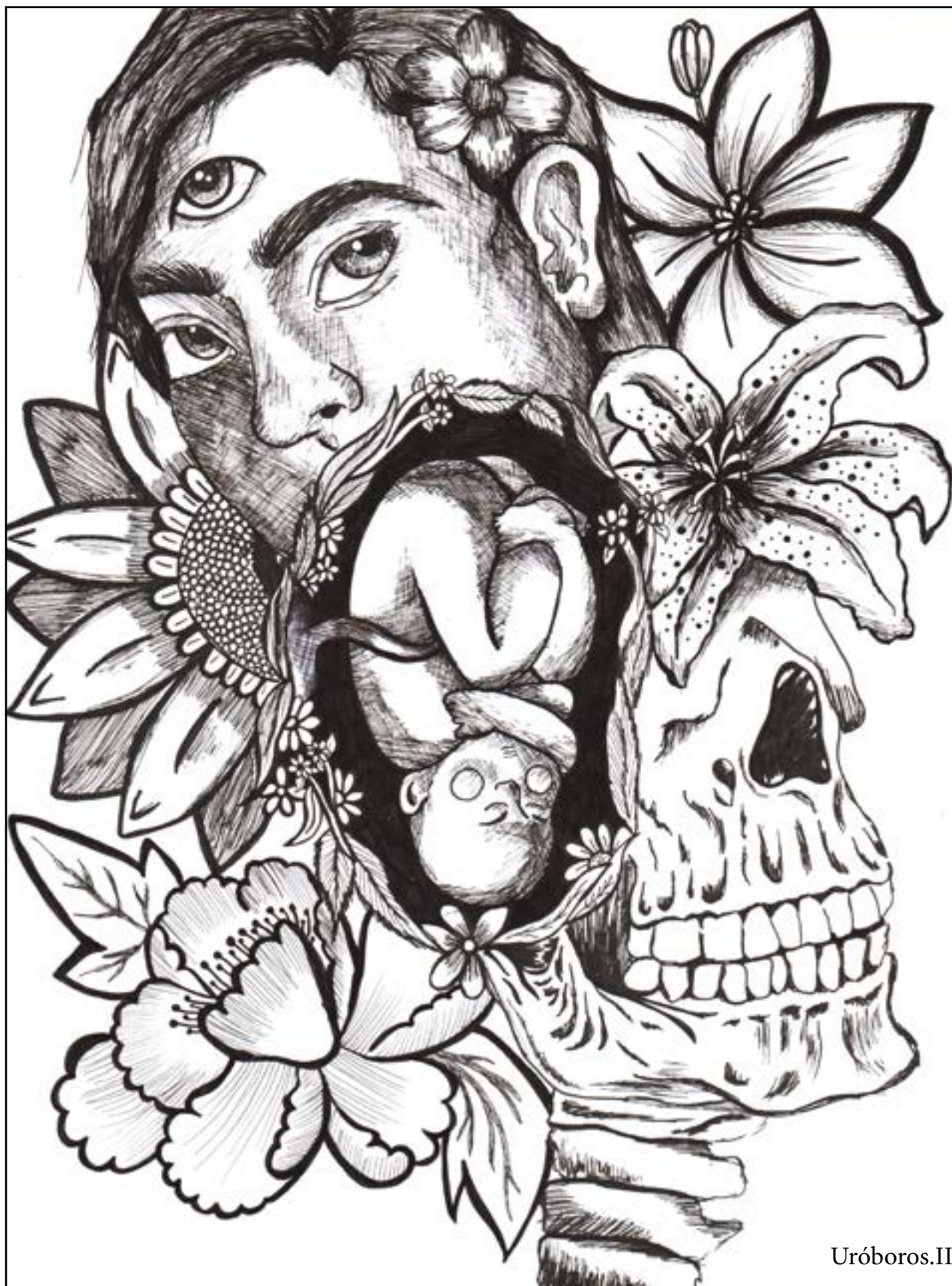
conséquent la paix de l'homme avec la société.

Pour arriver à ce but, messieurs, que faudrait-il faire ?

Il faudrait multiplier les écoles, les chaires, les bibliothèques, les musées, les théâtres, les librairies.

Il faudrait multiplier les maison d'études où l'on médite, où l'on s'instruit, où l'on se recueille, où l'on apprend quelque chose, où l'on devient meilleur ; en un mot, il faudrait faire pénétrer de toutes parts la lumière dans l'esprit du peuple ; car c'est par les ténèbres qu'on le perd.

Discours à l'Assemblée Nationale (1848).



Uróboros.II

Daniela Rios Henao (@drioshenao2020)

Rapidógrafo sobre papel opalina

2021

Amanecer en el Valle del Sinú

Raúl Gómez Jattin

Traducido por Santiago Sánchez Franco

Nota del traductor:

Este poeta no necesita mayores presentaciones. Tan legendaria su vida como su muerte, vivió en Cereté y falleció en Cartagena, sin existir, al principio, una separación entre su realidad y su poesía y, al final, manteniendo una total incongruencia entre ambos seres, como si la realidad quisiera devorar, engullir y digerir la poesía hasta cagarla, deformarla, destruirla.

De la belleza —usualmente femenina—, sabida con altivez casi mayestática o insinuada con inocencia casi núbil, se dice a modo de paródica suposición: «demás que caga flores»; pero la poesía de Jattin ciertamente germinó rosas de las heces de su día a día, preso de una paradoja entre el ostracismo y el amor, un anacoreta en medio de la urbe. La poesía y el amor terminaron por hacer de él un hombre despreciable y peligroso.

Se espera que una traducción para medios en español —como este— sea, pues, de una lengua foránea a nuestra lengua, del inglés al español, por ejemplo; mas en una de esas consideré que sentía un tanto oxidado mi inglés y que no sería mal ejercicio jugar con el origen y el destino de la traducción, invirtiéndolas; así que para practicar un poco y salir de la monotonía, pero también con la intención de difundir y discutir obras colombianas, me decidí a traducir unos breves textos del Coloso de Cereté a mi segunda lengua: algunos de sus textos más *quemados* —pero igual, innegablemente bellos— para ir soltando los dedos; y otros no tan repetidos pero que de igual manera delatan el gran amor que sentía por la vida y la irónica tragedia que acompañó constantemente la suya.

Procuré respetar la disposición de las palabras, los renglones y la sustracción de puntuaciones expuesta en el sencillo pero hermoso tomo de *Amanecer en el Valle del Sinú*, antología publicada por el Fondo de Cultura Económica y seleccionada y prologada por nada menos que Carlos Monsiváis.

Spell

The people from my village
say that I'm
a despicable and dangerous man
And they're actually not that wrong

Despicable and Dangerous
That's what love and poetry made of me

Ladies, gentlemen
Don't you worry
it's only me
I tend to hurt

Conjuro

Los habitantes de mi aldea
dicen que soy un hombre
despreciable y peligroso
Y no andan muy equivocados

Despreciable y Peligroso
eso ha hecho de mí la poesía y el amor

Señores habitantes
Tranquilos

que sólo a mí
suelo hacer daño

Suicidal

Airy in his gallop
rose the weaponed hand
to his temple
and pulled the trigger:
gentle horse's
fall to the ground
Bent over one thigh
he fell
and without a single moan
he went on to ride
to the heaven fields

El suicida

Airoso en su galope
levantó la mano armada
hasta su sien
y disparó:
suave derrumbe
del caballo al suelo

Doblado sobre un muslo
cayó
y sin un solo gemido
se fue a galopar
a las praderas del cielo

Nearly obscene

If you wished to hear what I tell myself in the pillow
my sole reward would be the blush upon your face
Those words are as innermost as my own flesh
which under your ruthless reminiscence endures the sorrow

I'll tell you Yeah? Won't you take revenge on me one day? I tell myself:
I'd slowly kiss that mouth until it turned crimson
And in your sex the miracle of a hand that comes down
at the most unexpected moment as if by chance
was touched with that verve that inspires what's sacred

I'm not evil I'm trying to make you fall for me
I want to be sincere about how deviant I am
and come into the hex of your body
as a river that fears the sea but always fades in it

Casi obsceno

Si quisieras oír lo que me digo en la almohada
el rubor de tu rostro sería la recompensa
Son palabras tan íntimas como mi propia carne
que padece el dolor de tu implacable recuerdo

Te digo ¿Sí? ¿No te vengarás un día? Me digo:
Besaría esa boca lentamente hasta volverla roja
Y en tu sexo el milagro de una mano que baja
en el momento más inesperado y como por azar
lo toca con ese fervor que inspira lo sagrado

No soy malvado Trato de enamorarte
Intento ser sincero con lo enfermo que estoy
y entrar en el maleficio de tu cuerpo
como un río que teme al mar pero siempre muere en él

Moon's navel

From the lighthouse to the battlements your portrait I design
Your iron eyes are delusion light
My soul errs and the sea leaps over stones
The sun sinks into the water and the water is pure fire

You're almost built of dream Almost made of stone in the sway of time

Loving archetype solid in the gloomy age

that way of yours to soothe my tears

To bolt your body against mine Rampaging

like a colt in a fire field

To pour your words in my comprehension

such as venom that cures the absence

To reminisce things used and forgotten

with a flight that enlightens and astounds

It's late, my love The sea waves the storm

There's a pale moon that recalls your navel

And some clouds lingerly and airy like your hands

eagerly drink Just like when above your mouth I pass away

Omblogo de luna

Dibujo tu perfil del faro a las murallas

Luz de alucinación son tus ojos de hierro

El mar salta en las piedras y mi alma se equivoca

El sol se hunde en el agua y el agua es puro fuego

Eres casi de sueño Eres casi de piedra en el vaivén

[del tiempo

Arquetipo amoroso firme en la turbia edad

esa manera tuya de calmarme las lágrimas

de desbocar tu cuerpo contra el mío Enloquecido
como un potro en una llanura incendiada
De verter tus palabras en mi entendimiento
cual veneno que cura la ausencia
De recordar cosas usadas y olvidadas
con un vuelo que ilumina y asombra

Es tarde amor El mar trae tormenta
Hay una luna pálida que recuerda tu ombligo
Y unas nubes livianas y pesadas como tus manos
beben sedientas Así cuando yo sobre tu boca muero

About what I am

In this body
in which life already nighttens
I live
Bald head and tender belly
Lesser teeth
And me inside
like a god-damned
I'm inside and I'm in love
and I am old-aged
I grasp my sorrow with poetry
and the result is especially painful

voices that foreshadow: here they come your heartaches

fractured voices: your days passed by already

Poetry is the only companion

get used to her knives

for she's the only one

De lo que soy

En este cuerpo

en el cual la vida ya anochece

vivo yo

Ventre blando y cabeza calva

Pocos dientes

Y yo adentro

como un condenado

Estoy adentro y estoy enamorado

y estoy viejo

Descifro mi dolor con la poesía

y el resultado es especialmente doloroso

voces que anuncian: ahí vienen tus angustias

Voces quebradas: pasaron ya tus días

La poesía es la única compañera

acostúmbrate a sus cuchillos

que es la única

Bibliografía

Monsiváis, C. (Ed.) (2018) *Amanecer en el Valle del Sinú*. Fondo de Cultura Económica (Antología poética publicada en 2004).



El gran teatro del mundo
Ignacio D. Arellano-Torres
Tinta sobre papel y alteración digital
2021

Prólogo del *Tren Huérfano*

Traducido por Isabella Ospino Cadavid

Creo en los fantasmas. Ellos son quienes nos persiguen, quienes nos han dejado atrás. Muchas veces en mi vida los he dejado estar a mi alrededor, observando, presenciando, cuando nadie en el mundo viviente supo o no le importó lo que pasó.

Tengo noventa y un años, y casi todos los que estuvieron en mi vida son ahora un fantasma.

A veces estos espíritus han sido más reales para mí que las personas, más reales que Dios. Ellos llenan el silencio con su peso, denso y caliente como la masa del pan creciendo debajo del trapo. Mi abue, con sus grandes y amables ojos y piel con talco. Mi pa, sobrio, riendo. Mi ma, cantando una melodía. La amargura y el alcohol y la depresión son despojados de esas encarnaciones fantasmas, y me consuelan y protegen en la muerte como nunca lo hicieron en vida.

He llegado a pensar que eso es lo que es el cielo: un lugar en la memoria de otros en donde nuestra mejor versión vive.

Quizás soy afortunada de que a los nueve años me dieron al fantasma de lo mejor de mis padres, y a los veintitrés años al fantasma de lo mejor de mi verdadero amor. Y mi hermana, Maisie, siempre presente, un ángel en mi hombro. Dieciocho meses para mis nueve años, trece años para mis veinte. Ahora ella tiene ochenta y cuatro años para mis noventa y un años, y aún sigue conmigo.

Tal vez no hay sustituto para los vivos, pero no me dieron elección. Podría tomar consuelo en su presencia o podría desplomarme, lamentando lo que había perdido.

Los fantasmas me susurraron diciéndome que siguiera adelante.

Orphan Train's Prologue

Christina Baker Kline¹

I believe in ghosts. They're the ones who haunt us, the ones who have left us behind. Many times in my life I have felt them around me, observing, witnessing, when no one in the living world knew or cared what happened.

I am ninety-one years old, and almost everyone who was once in my life is now a ghost.

Sometimes these spirits have been more real to me than people, more real than God. They fill silence with their weight, dense and warm, like bread dough rising under cloth. My gram, with her kind eyes and talcum-dusted skin. My da, sober, laughing. My mam, singing a tune. The bitterness and alcohol and depression are stripped away from these phantom incarnations, and they console and protect me in death as they never did in life.

I've come to think that's what heaven is—a place in the memory of others where our best selves live on.

Maybe I am Lucky—that at the age of nine I was given the ghosts of my parent's best selves, and at twenty-three the ghost of my true love's best self. And my sister, Maisie, ever present, an angel on my shoulder. Eighteen months to my nine years, thirteen years to my twenty. Now she is eighty-four to my ninety-one, and with me still.

No substitute for the living, perhaps, but I wasn't given a choice. I could take solace in their presence or I could fall down in a heap, lamenting what I'd lost.

The ghosts whispered to me, telling me to go on.

¹ Publicado por HarperCollins Publishers, 2016.



ESCRITURA CREATIVA

Emparamado

Felipe Osorio Vergara

¿Tiene la lluvia padre? / ¿Quién engendró las gotas del rocío? / ¿De qué vientre salió el hielo? / Y la escarcha del cielo, ¿quién la engendró?

Job 38: 28-29

Nieves perpetuas, imperecederas, eternas. Su blancura perenne despunta las cumbres andinas. Frío, helado, gélido. Temperaturas extremas que retan la calidez ecuatorial de Colombia. Húmedo, mojado, empapado. Neblinas oscuras que cubren como un velo el perfil montañoso de las cordilleras. La segunda vez que la vi fue más emocionante. Estaba en mi país, con mis padres, y me había costado un gran esfuerzo llegar hasta ella. La vi caer en medio del paisaje desnudo, rocoso, de la cima de la Doncella de la Montaña. Sus fríos copos se derretían al contacto con la piel. Eran efímeros, delicados, casi como el pétalo de esas orquídeas paramunas que había visto con sus raíces aéreas abrazar encenillos y sietecueros. La nieve de los Andes septentrionales se siente más suave, más ligera, que aquella que cae con vehemencia en los inviernos de los países boreales. Alcanzar esta nieve, este glaciar, esta altura, había sido toda una aventura.

A 4.100 metros de altitud, en el sendero Conejeras, se inicia el ascenso. Es uno de los sitios más populares para subir. Allí, junto al letrero de Parques Nacionales, se reúnen los visitantes: un mosaico de Colombia; una colcha de retazos regional. Costeños, cachacos, antioqueños, cafeteros, llaneros... Para los primeros y los últimos, el ascenso se tornará en infierno.

El sendero atraviesa el páramo de Los Nevados. El frío cala los huesos. La lluvia constante, la niebla densa y el aire de humedad recargado no ayudan mucho a la sensación térmica. Pronto, al empezar la caminata, se disparan los arrepentimientos: «¿Por qué traje tanto peso en la mochila? ¿Cuándo me voy a comer todo el mecató que empaqué? ¡Me encarté con los binóculos, con esa neblina no se ve ni la persona del frente! ¿Por qué no traje guantes? ¡Cuánto me hubiera servido una chaquetica extra!».

El guía, conocedor del estado físico de los ciudadanos, mantenía un paso lento, de empuje. Aunque bien vale aclarar que muchos de los más calificados deportistas no estaban preparados para la altura. Los bogotanos gozaban de un as bajo la manga: vivir 2.600 metros más cerca de las estrellas les hacía tener unos pulmones más adaptados a esas condiciones de alta montaña. Los de Medellín y Pereira debíamos conformarnos con habitar altitudes medias, 1.400 - 1.600 metros, que nos hacían ser montañeros,

pero no lo suficiente para soportar la estrangulante falta de oxígeno de los casi 5.000 metros de altura de la cumbre. Los costeños y los llaneros, acostumbrados a la calidez de las tierras bajas del litoral y la llanura, padecían como nadie el frío y la altura.

Poco más de 200 años después de aquella hazaña independentista en Pisba, fui testigo de cómo el páramo vencía al llano. Ya no a combatientes de poncho que buscaban la emancipación, sino a unos turistas de Villao, desmayando ante el soroche.

Arbustos, pajonales, arbolitos enanos, frailejones y musgos por todos lados formaban el paisaje que acompañaba el ascenso. Los frailejones más antiguos, de varios metros, parecían escoltas del camino, y cuando se juntaban a la vera del sendero se veían como columnatas de un templo, de una ciudad perdida, de un dorado oculto entre las brumas andinas. Las lagunas, esparcidas entre los matorrales, eran puntos de partida de riachuelos y manantiales. Sorprendía que espejos de agua aparentemente tan pequeños fueran los padres de ríos como el Otún, que abastece a Pereira. Del páramo de Los Nevados dependen dos millones de personas, y, al ampliar la proyección al país, el 70% del agua de los colombianos de la Región Andina se debe a los 36 páramos nacionales. Fábricas de agua les llaman, aunque preferiría llamarlos el techo húmedo de Colombia.

Hay pumas, cóndores, osos, dantas y venados, me dijeron, y, aunque no vi ninguno, todo el camino subí en silencio, esperanzado con, al menos, ver el vuelo del ave del escudo. Colombia es privilegiada en páramos, escuchaba todo el tiempo; tenemos la mitad de ellos. Ecuador y Venezuela también tienen. De resto, existen ecosistemas espejo, como las punas y jalcas de Perú, o los páramos (que son distintos a los nuestros) de África y Centroamérica.

Las brumas eternas hacen del paisaje un cuadro vaporoso, de penumbra, de soledad casi mágica. Pintar esa alma sombría, de hálito húmedo y frío, fue quizá lo que mejor logró hacer Gonzalo Ariza, pintor bogotano, más conocido como el retratista de los páramos. Y aunque este ecosistema de alta montaña aparezca en pinturas coloniales y en acuarelas de las expediciones de Humboldt y la Comisión Corográfica, y más recientemente en miles de fotos de internet, no hay fotografía, pincelada ni daguerrotipo que logre transmitir lo que se siente al estar en uno. Nada se compara a la niebla que hiela el rostro, al agua de llovizna fría que chorrea por la piel, a la velluda hoja de frailejón palpada por la mano desnuda... Uno está en el páramo, pero el páramo se cuele en uno. Se siente el frío atravesar los tuétanos, el agua mojar los cabellos y la niebla inflar el pecho. De ahí que el verbo «emparamar» sea tan bello. Emparamarse

no solo es mojarse, es también untarse de páramo. Y aunque subí para ver la nieve, y me deleité con una nevada en el trópico en la cumbre del Santa Isabel, lo que más disfruté fue, sin duda, emparamarme: fundirme con el páramo. Al menos antes de que el calentamiento global los consuma.

Fotografías: Felipe Osorio V.





Narración de una situación casual dentro de un molino

Aleja Hernández

El malestar lo había estado carcomiendo durante días, tal vez semanas. Después de tantos años, no se le hacía difícil reconocer qué era lo que le ocurría. El cuerpo le daba espasmos y le gritaba que se moviera, que hiciera caso a sus instintos, pero él luchaba con callar los gritos internos y quedarse en cama hasta que su cuerpo estuviera en paz. En realidad, el malestar nunca se iba, pero era controlable, solo que esos últimos días había sido más intenso que nunca. Sin embargo, esa mañana se levantó de golpe, pensaba hacer algunas tareas domésticas o dar un paseo por la granja, pero muy en su interior sabía que se estaba mintiendo a sí mismo. Decidido, salió de casa.

Nada más cruzar la puerta sus ojos se habían desviado apuntando hacia el molino. Se quedó un rato contemplándolo, no supo cuánto exactamente, con un deseo animal que lo impulsaba a acercarse, así que caminó despacio y entró. Subió las escaleras y se mantuvo de pie mirando el movimiento constante del monstruoso aparato; fue ahí cuando entendió las señales de su cuerpo. Le resultó curioso lo rápido que se puede uno deshacer de los pudores y las reglas que todos hemos sido obligados a no romper durante toda la vida. Al menos para él, eso había significado décadas de esfuerzos, tratando de abstenerse de cuestiones que sabía eran por su bien, pero se sintió listo para dejar de pensar en su bien y dejarse dominar por ese instinto, ese deseo que había interpretado siempre como un malestar, una enfermedad.

Entonces metió la mano izquierda entera en la piedra de moler.

Tal vez fue por la conmoción del momento o por el viento que soplaba suave a esas horas del inicio de la tarde, pero sintió despacio, casi como caricias, cómo se le desgarraba de la muñeca cada dedo al ritmo de las gigantes aspas del molino. El día era cálido y oía de fondo el sonido de sus huesos triturándose, mientras veía caer su carne molida e hilos de sangre a la cubeta azul desteñida en la que solía caer el trigo.

Se sentía blando, como si tuviera la textura de un millón de bolas de algodón que se desprenden sin esfuerzo y se van volando con cualquier brisa; se veía a sí mismo muy fácil de tajar, de romper, tan vulnerable que supo que, a menos de que no sacara la mano de la piedra, la fuerza de los giros le iba a arrancar el brazo entero. Pero había en el dolor de la mutilación algo que le causaba más placer que agonía. Así había sido

siempre. Toda su vida sintió el estorbo de muchas partes de su cuerpo, había querido despedazarse a sí mismo para ir liviano de tantas extremidades que, por su movimiento y el peso de los huesos, lo hacían sentirse tieso, impedido como una máquina sin aceite a la que le cuesta funcionar y sus engranajes se retuercen de tanto óxido, como gritando ayuda, suplicando para detenerse.

Se preguntaba en qué momento había empezado a experimentar el deseo de arrancarse a trozos su propio cuerpo, y se recordó cuando era niño, cuando no podía evitar morderse los dedos hasta que le sangraran. Una vez había puesto el dedo índice a propósito en el borde de la puerta del corral, hecha de madera ya ruñida y filosa por el tiempo y el desgaste, así, cuando su madre la dejara cerrar, el dedo se le desprendería. Y lo había logrado, pero su madre, que era enfermera, se lo había cosido y vuelto a dejar como antes. Contempló durante media hora y sin anestesia la aguja que traspasaba su piel numerosas veces, pero no gritó. Con el tiempo sus padres habían dejado de reñirlo y habían optado por amarrarle dos o tres pares de guantes de lana gruesa en cada mano, para que la fuerza de los mordiscos no traspasara a la piel y no pudiera lastimarse o mutilarse a propósito. Lo mismo ocurrió más tarde con los dedos de los pies, por lo que no le permitían quitarse los zapatos ni para dormir.

Se volvió a la realidad y se miró el brazo atascado, pero no forcejeó con el molino. Su hombro estaba en peligro, pero no tenía miedo de perderlo. Al contrario, hizo más presión hacia la piedra y con un chasquido el hombro se le desencajó. Fue de la dislocación a la fractura y de la fractura al desprendimiento de tendones en segundos. La piel tardó un poco más y pudo ver cómo se estiraba hasta el límite y se rasgaba como una hoja de papel.

Soltó un grito de dolor, pero la mala sensación se le disipó de inmediato al experimentar de repente una soltura extrema del lado izquierdo de su cuerpo. Perdió el equilibrio hacia la derecha por el contraste del peso de su otro brazo, pero aun así pensó que nunca se había sentido tan libre.

Recordó cuando su hijo lo había descubierto una vez en el granero, con tres dedos del pie que se había picado como zanahorias. El niño corrió a casa por un botiquín sin decir una palabra, pero cuando volvió su padre tenía ya puestas las botas con las que salía a recoger el trigo y salió del granero sin mirarlo, caminando sin cojear con los tres dedos en el bolsillo. No olvidaba cómo se había sentido, como desprendido de protuberancias que le apretaban dentro de las botas y que no lo dejaban caminar a gusto.

Se acercó hacia la cubeta donde caían sus restos triturados y, tambaleándose, tomó un puñado, lo metió en su boca y masticó los fragmentos de hueso duro que se mezclaban entre la carne roja y suave. Se sentía bien, el sabor no estaba mal, aunque no estaba seguro de si era porque su carne era buena,

o solo le agradaba por tener la satisfacción de estar probándose a sí mismo.

La primera vez que salió con Rosie, siendo adolescentes traviosos, lo hicieron sin permiso. Cuando ella se había dejado besar los labios y el cuello, no pudo evitar el impulso de clavarle los dientes. Llegó a casa unas horas después con la camisa blanca manchada de carmesí. Mientras tanto, la chica había llegado a la suya con el labio inferior desprendido de su cara y su madre no la había dejado volver a la escuela en un tiempo. No pudo decirle que se había estado besando con un hombre que le había desgarrado la boca, eso habría sido más vergonzoso que asumir una falsa torpeza de haberse caído en medio del bosque, así que él se había salvado de un complicado inconveniente.

Sin embargo, la carne de Rosie, por muy hermosa que ella fuera, no se comparaba con la suya. Llevaba ya tres puñados engullidos y no quería parar, pero entonces una voz firme lo devolvió de sus recuerdos.

—Así que al final lo has hecho.

Miró hacia arriba y vio la cara de su mujer. Lo miraba inmutable. Sabía que algo así iba a pasar tarde o temprano, conocía perfectamente cómo era el hombre con el que se había casado. Aun así, una sombra de decepción pasó por su rostro. Entonces el hombre sintió asco, pensó en lo grotesco de verse a sí mismo, un hombre de sesenta años, con un brazo mutilado y la boca embutida de su propia carne. Se puso de pie para acercarse a la mujer, pero ella retrocedió.

—No te me acerques. No así.

El hombre no dijo nada, pero algo en su mente de pronto tuvo forma. «No así». ¿Así cómo? Con sus deseos más oscuros manifestados de la forma más desnuda. Se sintió traicionado. Había vivido con ella tantos años... todos los secretos compartidos. Se había entregado a ella cuanto su alma le había permitido y justo en su peor momento no había sabido entenderlo. La miró un momento y cuando ella se dio la vuelta para bajar las escaleras, cabizbaja, la agarró con fuerza de la cintura. Se complicó un poco tener que cargarla con un solo brazo, pero era delgada y muy frágil.

—¡Suéltame! ¡No me hagas esto! —la mujer gritaba, pero el hombre ya no oía.

La soltó un momento, le estampó la cabeza contra la canaleta por la que bajaba el trigo y sintió el peso de su cuerpo desmayado.

Cargándola como pudo, se acercó a la piedra de moler. Había todavía rayos de sol y el viento no había parado de mover las aspas del molino.



Metáforas de la frontera IV

Humberto Ramirez

Técnica mixta sobre tela

2019

Pintor-Poeta

Anna Banasiak

En memoria de José Anaya

José esbozó una sonrisa mirando el dibujo que había trazado hacía una semana. Las formas que se arremolinaban en el fondo blanco hueso despertaban un montón de emociones, entre las cuales dominaban la ansiedad, una punzada de dolor y un tris de amarga satisfacción. De repente, al hacer una pincelada turquesa, su mano derecha se desvió y quedó inmóvil. Mientras masticaba un trozo de manzana abrió la ventana por la cual Tina saltó adentro.

—¿De dónde has venido, mi reina? —dijo de manera muy tierna, tocando a la gata como si fuera una amiga perdida. Tina le respondió con superioridad y orgullo. Sus ojos brillaban impávidamente. José sintió una punzada de azaramiento al tener la impresión de que la vista de su bella amiga estaba buceando en la suya.

El sentido de la fragilidad ocupaba sus pensamientos. Entrado en los años de la madurez masculina, cuando el dolor y la ansiedad forman parte de la vida cotidiana, solía escrutar su reflejo en el espejo. Por mucho que buscaba, no podía encontrar allí nada, excepto su mirada, la cual fuera una señal de la juventud. Su cara, redonda, adornada con los ojos profundamente marrones cubiertos por las gafas de alambre, parecía experimentar un estado de fascinación inmenso causado por un instante de inspiración.

Mirando su dibujo, José pensaba en él como la culminación de un trabajo de campo empírico que había realizado por muchos años en el suroeste de México en busca del arte y la cultura maya. A pesar del tiempo que había pasado ya, trataba de desenmascarar las raíces, sus raíces, que debían ser milenarias. Las formas y los colores diferentes, tanto como las palabras pintadas en el papel, eran las esferas del mismo fenómeno bifurcado en mil mechones. Inundándose en las palabras, su mente parecía producir un gemido, un jadeo, sin poder seguirle el paso a las imágenes que aparecían en su imaginación.

Este día daba la impresión de haber empezado en el pasado remoto. José, estremecido por la multitud de impresiones, respiraba profundamente completando el retrato metafísico que estaba pintando. Seguía adiestrándose en la examinación del

universo, yendo más y más profundo, como si fuera un viaje posiblemente infinito en el que no podría alcanzar su destino.

Tina seguía sin moverse. Escrutándole, mostraba su desaprobación y desasosiego.

—¿Qué estás pensando, mi reina? —José fingió no saberlo.

Aunque Tina parecía escarpada, cerrada y retirada, José estaba convencido de su profunda habilidad para comprender la realidad. Le parecía que los gatos podían inundarse de lo que veían a su alrededor, al punto que eran capaces de desenmascarar todos los secretos de la vida. Sus diálogos siempre empezaban y acababan con un instante de vacilación. Entre la multitud de las fruslerías había algo imborrable y desconocido que parecía repercutir en su percepción de la vida.

Mientras los personajes surgían en el espacio de la composición, José se acordó del amanecer cuando había visto el primer momento de la vida de este día.

Entonces, rastreando los movimientos del sol, había vislumbrado una silueta femenina parecida a una vela llameante encendida por alguien anónimo. Se acercó a ella, moviéndose tranquilamente hacia la hendidura que los separaba, pero por mucho que buscara la oportunidad de profundizar aquella experiencia, José no podía identificarla. Su rostro que siempre parecía invisible, incluso unos años más tarde, quedaba presente en su memoria.

Pakal finalmente debió aparecer. Parecida al amanecer que viene sin pensar, su rostro fue visible, revelado por los dedos del poeta-pintor.



Los antihermenéuticos

Humberto Ramirez

Óleo sobre lienzo

2021

Vidas de cartón

Fabricio Muñoz

«¡Despierte! ¡Párese de ahí!». Escucho la misma voz verde y uniformada. Una patada no tan fuerte, con unos pies de cuero, nuevos, cuidados, limpios y cubiertos de cera. Una práctica que afianza la disciplina entre quienes ejercen la labor de levantar a patadas a hombres bajo cartones. Esa voz, esa maldita voz que nunca llegaba sola, siempre venía acompañada de obscenidades más grandes que pequeños puntapiés. Ese ruido convertido en palabras que ya estoy harto de escuchar, porque cuando tengo que ver el origen de ese grito, veo la cara con un entrecejo sin expresión, pero una sonrisa psicópata.

Me levanto, o quiero hacerlo. Hay dolor, no solo por los acostumbrados golpes, sino también por el terrible sueño de un regreso a una vida apacible y confortable. «Qué cosa más horrible», pienso cuando el sol ardiente torpedea mi capacidad ocular. Aún estoy vivo y aún sigo en las calles, aún soy libre, ¿pero a qué precio? Mis sueños ocurren sobre un cartón en la calle. Nunca sé si son sueños de verdad o un insomnio inconsciente que hace que mi mente divague y cree mundos y vidas alternativas. Pero esos que aparecen en esos sueños no soy yo, no podría soñarme o imaginarme con más hambre de la que tengo ahora, sin embargo, así sucede. «Levántese y recoja esas cosas. Váyase de aquí, no es lugar para dormir». Otra vez ese maldito ruido articulado y sonoro. Esa terrible voz es como el crujido de unas cuantas máquinas que operan a otras miles para el correcto funcionamiento del sistema de engranaje. Yo... yo soy un tornillo mal ajustado o, peor aún, un desecho extraviado.

Muevo la cobija sucia y húmeda, descubro mi cara. Estoy sucio; debo estarlo. Trato de lavarme cada vez que puedo con agua estancada o en fuentes, pero los gritos son más fuertes entonces. Debe ser el olor. Ese hombre con ese uniforme limpio y su rostro afeitado blandiendo su macana debe fijarse en mi cabello enmarañado y sucio. Seguramente piensa en mi terrible situación. Debe compadecerse de ver a un igual a él en condiciones tan deplorables. Un golpe con su macana en las costillas me sacó de mi ensoñación. Ese dolor de nuevo; ese hombre, cuidador del orden y de la estética ciudadina cumpliendo su deber, me ha impactado justo en la costilla que está rota desde hace una semana. Me quejo, pero hacia adentro, mientras intento levantarme con la mayor dificultad agarrando en el mismo movimiento mi querida cobija sucia y húmeda. «Váyase de aquí, este sitio no puede ver a personas como usted. Váyase lejos, lávese esa

cara y busque un puente donde nadie lo vea», me lo dijo, o lo pensó o lo pensé yo. No lo sé, pero emprendí mi caminata melancólica, suave, digna, como de aquel hombre que es libre aún, incluso de morirse de hambre si así lo decide.

Camino solo una cuadra. El dolor, el sueño, el hambre... mi mente no sabe cuál debe atender primero; no atiende a ninguno, me dejo caer sobre el pasto de un pequeño parque. Mis ojos pesan más que todo mi cuerpo, y mientras el cielo despejado y ardiente desaparece ante mi vista, las imágenes de una vida pasada o inventada aparecen en mi mente. No es una ridícula elucubración fantástica de una vida más apacible, todo lo contrario, una vida con vejámenes similares, incluso más tortuosos. He muerto miles de veces y nunca había escrito; ahora lo hago. No sé en qué tiempo ni en qué cuerpo, aunque la costilla me duele, parece ser una característica ineludible de mi existencia.

Despierto nuevamente con la imagen desvaneciéndose de un hombre muriendo en mis manos. Otra vez el mismo hombre uniformado y pulcro acude a mi salvación de Morfeo por medio de patadas, ahora reiteradas y más fuertes. «Que se levante y se vaya de acá». Lo miro. Sus ojos son tranquilos. Parece que su agresión es parte de su existencia, que la disfruta, que espera que caiga una cuadra más allá para nuevamente cumplir con su labor esteticista de limpiar esta ciudad de personas de cartón, como yo.

«¿Cómo puedo liberarme de esta escoria?», me pregunto. No es la primera vez, pero nunca he encontrado la respuesta. Miles de posibilidades irreales han pasado por mi mente y por mis manos, pero la determinación y el valor, la fuerza e incluso la salud no han estado de mi parte. Tendré que acostumbrarme a una vida libre, pero interrumpida por patadas y macanazos. «Hágale, hágale, hermano, que no tengo tiempo. Lárguese de aquí». Esta vez sí lo dijo; mi imaginación no habla así, no puede hablar así.

La muerte, claro que sí, la muerte es la respuesta, la muerte es la única esperanza. Debo esperar la muerte como mi objetivo. El hambre y esta costilla en algún momento me llevarán a ese deceso, que ahora espero como mi destino. Estoy seguro de que la muerte se apiadará, observará a esas botas lustradas siguiendo mis pasos irregulares y acudirá a mi salvación.

Pero no es así, parece no estar aquí, parece no hacer presencia entre nosotros. Tal vez su poder no es omnipresente como pensé. Camino y miro hacia atrás. Ahí está. En ocasiones parece detenerse y dejarme por fin en paz, pero renueva su andar blandiendo su macana. Como un personaje terrorífico de película que sonríe persiguiendo su objetivo. Empiezo a sudar, mi corazón cada vez se muestra más intranquilo, mis manos siempre sudorosas ahora tiemblan de un pavor nunca antes experimentado por mi mente. Ahí está, viene caminando. Esa mancha verde y de botas negras camina de manera taciturna pero segura. Él, seguro de que en algún momento voy a caer, no se apresura, sabe que me alcanzará.



Mayita y las recolectoras

Humberto Ramirez

Óleo sobre lienzo

2021

Sin embargo, camino y no dejo de hacerlo. Marcho con la intención de perderlo, volteo en la esquina y corro con todas mis fuerzas. Agitado, recupero mi andar regular, giro mi cabeza, lo veo, pero ahora más cerca. «No es posible», pienso. Camino más rápido, cambio de acera. Ahora no solo tiemblan mis manos, también lo hacen mis piernas, mis ojos se nublan, el vértigo es permanente. «Voy a desmayarme», digo. Lo digo esperando que alguien me escuche ¿pero de qué serviría? Nadie acudiría en mi ayuda.

Mi mirada se torna traslúcida, como si un velo hubiese sido puesto en mi cara. Ya no veo la calle. Los recuerdos o ficciones regresan a mi memoria o imaginación. Un hombre muerto en mis brazos. «¿Acaso yo lo asesiné?», me pregunto. No hay nadie aquí, ya nadie me sigue. Recuerdo hombres y mujeres de mi vida, familia. ¿Acaso puedo ir donde ellos están? ¿Pero qué hago con este hombre? Fijo mi mirada en su rostro, es la del perseguidor. No tiene uniforme y botas de cuero lustradas y esa insignia en su pecho que le da licencia para agredir y matar. Acaso por eso lo maté. La muerte entonces sí está aquí, ahora y siempre. Pero mi vida real, mi vida de mendigo, mi vida de hombre de cartón, ¿Dónde la dejé?

Los rayos del sol nuevamente enciegan mi visión, el cielo azul y el calor en mi cara y espalda. Miro a todos lados. Hay personas. Me miran, me señalan. Alguien se acerca y pregunta: «¿Está bien? ¿Se hizo daño?». ¿Me lo dice a mí? No lo creo. Nadie me habla nunca. Estoy en el suelo, me levanto, miro hacia atrás y ahí está. Su macana me señala. Sus pisadas en el asfalto que ya golpeó mi cabeza son como pisadas de elefante que pronto me arrollarán. Me paraliza. El dolor, el miedo, el desasosiego, el hambre... Ahora quisiera ocuparme del hambre. Un largo bostezo espera la llegada del verdugo... El verdugo, claro, ¿Cómo no lo pensé antes? Él es la muerte. Su uniforme verde, su insignia, sus botas, su macana... Sonriendo espero, por fin, mi más grande sueño: dejar de ser un hombre de cartón.

Itinerario

Ferazulhada

He llegado tarde para el vuelo.
Mientras espero que alguien me dé respuesta
voy recordando aquellas citas juveniles
donde aguardé tantas veces
cuando nadie llegaba,
donde hui del compromiso
cuando este se asomaba.
Mi problema no es llegar tarde,
mi problema es pensar en lo que no pasará.
¿Y si se cae el avión?
¿Y si pierdo mis maletas?
¿Y si alguien toma mi lugar?
Preguntas innecesarias
que acompañan mi temor.
¿Acaso siempre llegaré tarde,
incluso en el día de mi muerte?



Graduarse en chanclas

Jerónimo Olarte López

Medellín 03/2021

Aún me resulta extraño aceptar que, efectivamente, es este el día que había estado esperando por años. En medio de quizás una distopía, comunicándonos por pantallas y portando máscaras que nos sumergen en el anonimato de los ojos hacia abajo, nos titulamos. Hoy la graduación me sorprendió en chanclas y a mi diestra está una taza de café a la que quieren obligar a tributar a nombre de una fallida reforma. Clases virtuales, pico y cédula, amor por telepatía. ¡Sin duda es el fin del mundo! No obstante, hoy en la mañana llamé a mi madre para decirle que tranquila, que este es uno de los mejores días de mi vida.

Me gustaría lanzar un birrete al cielo, conjurar el clásico «lo logramos compañeros» y traspasar esta pantalla horrible para dar el abrazo que hace más de un año no he dado. En vez de eso, tomaré el riesgo de la nostalgia, porque cuando se vuelven a pasar las cosas por el corazón nunca se queda igual que al principio.

Hoy atesoro memorias con olor a tinto, a cigarrillo, a una coca recalentada en los microondas que no había. Me suenan a mesas bullosas, a asamblea de 5 horas, a rap improvisado para venderte un pan de chocolate. Me encuentro en medio de los pasillos, chismosos como ellos solos, caminando junto a rostros que algunos vimos caminar a nuestro lado sin saber que sería la última vez: Camilo Arboleda, Alejandro Cock, Mónica Alarcón. Otros rostros de quienes fueron *rockstars* como Foucault y Jaime Garzón. Al final del pasillo estaría quien ostenta el premio al mejor trasero de la Facultad de Comunicaciones y Filología: la estatua de Aleksander Pushkin. El 12 me sabe a pola, a letras, planos y reportajes; a un amor no correspondido minutos antes de que me dejara el metro; a conversaciones al azar en las que, luego de quebrarme, volví a creer en mi oficio y en mis propias convicciones.

Sin duda el regalo no fue la UdeA, sino las personas con quienes se coincidió dentro de ella durante varios abriles de nuestra vida. Seres quienes ayudaron a que uno se forjara, a que uno se perdiera y encontrara, se refutara, se reafirmara y también se perdonara. Personas con quienes se descubrió que la academia también está afuera y se viste de muchas formas; que Caperucita no era tan niña y quizás sí quería entrar al bosque; que Adán y Eva, o mejor Eva y Adán, acertaron en tomar el fruto prohibido,

en comerlo y en comerse; «que no todo lo rico engorda y no todo lo bueno es pecado» como dijo Shakira; que Betty la Fea y Mafalda también son revolucionarias. Citando a McLuhan, «el medio es el mensaje», el «cómo decirlo» es tan importante como el «qué» decir, pues es el cómo el que salvaba al bufón de ser decapitado por el rey después de enrostrarle las verdades incómodas. Es esa nuestra labor, pensar el «cómo», leer, enunciar, comunicar con la verdad, que sea la circulación del saber la que nos salve a nosotros y a nuestros semejantes. Debemos imaginar la letra que le falta al alfabeto, pero también debemos crear los medios para dar voz a quienes apenas pueden deletrear su nombre. Comunicar es tener poder, y —espero que la siguiente cita no incomode a los académicos más recalcitrantes— como el tío Ben le dijo a un joven hombre araña: «un gran poder conlleva una gran responsabilidad».

Hoy, aunque encerrados, hacemos alarde de este diploma que nos hincha el pecho de orgullo, no es para menos, pero no olvidemos echar un vistazo afuera, en un mundo donde hizo falta un virus para exponer cuán enfermos veníamos. Pandemias como la corrupción, la violencia y la indiferencia son aún peores. Que el homenaje al que hoy somos acreedores sea la reafirmación de nuestro voto de conciencia y compromiso con la tierra llamada hogar.

Hagamos que este día sea particularmente nuestro, reconociendo el mérito al esfuerzo personal, familiar e institucional. Que este día sea para padres y madres quienes nos bendijeron desde la puerta espantando al infortunio; docentes quienes nos formaron sabiamente, y para las amistades cálidamente indispensables. Que sea para quienes estudiaban de día y trabajaban de noche, o tenían hijos e hijas quienes eran la razón para luchar por un mañana diferente. Que este día sea para quienes llegamos desde lejos, viendo a través de la ventana de un bus intermunicipal el camino que se nos empezaba a dibujar. Que este día sea nuestro, sí, y los días siguientes que sean para el mundo, nuestro planeta, para los niños, los silenciados y quienes aún resisten.

A mi *alma mater* gracias, porque recordaré el día en que joven llegué a ti, en tu abrazo me atreví a descifrarme y a aprender formas en las que puedo cambiar al mundo; aún hoy confío en que voy a hacerlo. La educación, la cultura, la ciencia, la resistencia digna, el amor, sobre todo el amor. Estas no son las mejores formas para cambiar el mundo, son las únicas que nos quedan.

Jorge Luis Borges

José Ignacio Soto

Dicen adiós los que a Dios ruegan por pan, trabajo y más horas para la vida. Pero ya ve, aquella noche al despedirnos y formular la palabra sagrada como usted sabe, no hubo más remedio que cumplir con la costumbre. Otra cosa habría sido tentar al destino y para eso mejor jugar con los dados, que creo que siempre los lleva en el bolsillo del saco. Pero no me reproche nada. Yo no sabía mi final, y para serle sincera desde aquí tampoco puedo intuir el suyo, así que, por favor, no formule la vana pregunta. Lo que sí, Borges, es algo pequeño lo que tengo que pedirle. Espero usted no se niegue. Hágalo en recuerdo de esa caminata entre silencios que dimos cuando éramos tan jóvenes que acaso no lo sabíamos. Pero de eso hace ya tanto...

Usted mismo ha cambiado, aunque reconozco en algunos de sus gestos al que solía ser. El hombre cariñoso y de sonrisa fácil, el que siempre tenía un chiste para sacarme de mi encierro. Me invitaba a helados y caramelos, y siempre rasgaba con la suela de sus zapatos los adoquines tras la lluvia. Algunas veces intenté escribir en mi diario sobre usted, pero me sentí ridícula; para qué escribir sobre usted, si en mi vida era suficiente con escucharlo. Ahora me entretengo pensando en qué habría pasado si a usted no le hubiera sobrado timidez y a mí aquella soberbia infantil. Tal vez hoy estaríamos juntos. Usted sin duda tendría menos libros publicados y yo... yo sería feliz. Habríamos alcanzado tal vez el gran sueño. La hermosa familia. El jardín con flores. El automóvil aparcado en la calle, resplandeciente al sol de Parque Chas. Los hijos jugando al fondo, junto al perro. Y los amigos, cada final de mes, para el asado y el vino. Quizá habría superado su amor por el tango y se habría entregado con locura al jazz, así como yo. Pero ya ve, Borges, soy así, me presumo inmaterial y aun puedo recaer en el platónico deseo de preguntarme por el probable destino de aquellos corazones nuestros, mientras dilato la formulación del favor que quiero pedirle.

Vaya usted a Recoleta. Sé que le dan miedo los buses, pero ánimo, ya verá que el mismo viaje le puede traer novedades. Baje y vaya al lugar donde los árboles extienden sus raíces por fuera de la tierra, donde las margaritas siempre están brillantes. Busque mi nombre, ¿se acuerda? Delia Elena San Marco, y coloque, no sea malo, junto a unas flores, un libro suyo, para que, de esa manera, cuando sienta el arrebató de escucharlo, lo haga por medio de sus palabras y recuerde con más certeza que extrañeza aquella noche en la que, caminando, uno al lado del otro, casi nos tomamos de

las manos en el pleno arribo del tranvía. Supongo que no lo ha olvidado. Para mí, ese fue el momento más importante de mi vida. Jamás volví a sentirme así de enamorada. Me entregué a usted y creo que ni se dio cuenta porque se detuvo a ver las farolas y los anuncios en la licorería, pero no vio mis ojos, ni las lágrimas que intentaban desprenderse de ellos.

Ya sé, amigo Borges, que no soy nadie para ir por usted ni decirle lo que le digo. Una mujer; nada más que eso es lo que soy. Pero se lo recuerdo, porque a veces los recuerdos también hay que compartirlos y el corazón no siempre es un cazador solitario. Ya usted debe saberlo. Pero volviendo a aquella noche, tan simple como las otras, aunque sencillamente tan distinta en su final, sé que no tuvimos tiempo. Habrían sobrado tal vez uno o dos minutos para que todo se consumara, pero no fue así. Vimos al transporte llegar, el anuncio era constante. Toda la noche envuelta bajo el ala de un murciélago, con el ritmo incesante de la maquinaria. Fue entonces su estruendo lo que nos distrajo para que ya nada ocurriera y yo, tonta, conmovida y en confusión, me apresuré con mis pasos para alejarme de usted; y así, en el silencio de mis años, de mi poca experiencia, puse fin a esa dicha. Tan solo levantando la mano, atinando a decirle adiós en quebradas vocales pude conjurar todo lo que sentía, lo que no dije, lo que jamás diría. Hasta hoy, claro. Y es que hoy es un día especial. Hay aviones en vuelo rasante, y ciertas detonaciones alumbran el paisaje. Escucho gritos y pisadas, y no sé si de verdad es lo que creo, pero este fragor es tan viejo como los museos de Recoleta. Así que el llanto de los jóvenes me regresa a usted. Lo recuerdo parado, Borges, como tentando una pregunta y sin entender el vocabulario faltante. Le pido perdón por la demanda. Por este pedido sin razón. Solo sé que cuando nos volvamos a encontrar, bajo la forma que sea dable, iré tras usted y repetiré aquello que solo para mí dije ni bien puse un pie en ese dichoso tranvía del que jamás salí.

Delirios de incertidumbre Decadencia (I)

Juan Pablo S. Burbano

El pensamiento de cada línea
sobrepasa y concluye el día.

Sacude la visión que te acompaña
y carcome el espíritu de lucha.

Un futuro erguido en el glorioso olvido
fecunda la porfía de la desidia
y la vehemencia perdida.

El exquisito consumo diluye
la empatía del caminante.
Y ante los escombros de la peste
la indiferencia de un albergue.

El padecimiento presentado
se relega por ilusiones fútiles;
por encadenamientos encarnados
en el goce instantáneo.

La visión ilusoria que brinda la distinción humana
engendra los cimientos de la descendencia;
que destila y opaca el color de la tierra.

La promesa del recuerdo se olvida;
la vigilia por la memoria se quiebra.

Y el efecto de la muerte, inquietante, permanece
en el espíritu del doliente.

El final será un destello de esperanza;
un vil desencuentro entre la responsabilidad y el placer desmesurado.

Donde el sollozar de vergüenza se diluye en el acaecer vano,
quedando el deterioro de una sociedad desventurada.



Noches sin descanso

Maicol David Correa

Capítulo 1

—Deudas, deudas, deudas por doquier. Quince días de trabajo continuo doblando la jornada y el sueldo no me alcanza siquiera para los pasajes de la próxima quincena. ¡Ah...! Estos zapatos ya están rotos... —decía mientras se quitaba los zapatos y acariciaba sus pies ampollados por la falta de medias. Apoyado en uno de sus brazos este hombre lloraba amargamente por la impotencia de saber que su destino ya no le pertenecía.

—No necesito comer tantas veces al día; si descanso bien, con dos comidas tendré energía suficiente para afrontar el trabajo. Aunque para eso tendría que dormir... Tres días llevo sin poder cerrar los ojos. ¡Maldita sea! El alquiler se vence dentro de 4 días. Quizás puedan darme un tiempo de espera, he sido un ejemplo de inquilino: saludo al portero todos los días, nunca hago ruidos ni fiestas —¡con qué tiempo, con qué dinero podría hacer yo una fiesta!—; sin embargo, he sido un inquilino modelo: hasta he ayudado a esa pobre anciana del segundo piso a sacar la basura. Si me voy me extrañará la pobre.

Después de secarse las lágrimas, levantó la cabeza y con un movimiento muy lento comenzó una inspección por toda la habitación: cuatro paredes muy estrechas, despintadas, amarillentas, llenas de agujeros y humedad, ¡ese era su palacio!, que se ventilaba solo por una pequeña ventana. Además de la pobre condición del cuarto, estaba pobremente amoblado: una silla de madera y un escritorio que el más leve movimiento hubiera desarmado, donde estaba recostado nuestro héroe llorando, además de un colchón muy gastado en el piso y algunos harapos amontonados en una esquina del cuarto. «Cuando descanse debo organizar, esto parece la cueva de un animal», pensaba.

Sus piernas estaban adormecidas por el cansancio, pero, no sin trabajo, consiguió arrojarse al colchón. Nuevamente rompió en llanto mientras miraba el techo lleno de telarañas. «Olvidé apagar la luz», pensó. Las horas pasaban, el sol cada vez estaba más cerca de asomarse por el oriente, y a pesar de estar agotado no conseguía dormir. Su mente era una calculadora.

«Si ahorrara otros dos meses en ropa y consiguiera turnos extra podría pagar los

intereses y pedir una prórroga... Ya no queda nada que empeñar tampoco... ¡Maldita sea!... ¡Un maldito soy!».

«Un sólo error y he quedado reducido a un miserable. Era un buen negocio, tanto que no podía ser cierto. Debí haberlo visto. Mis amigos, ja, ja, ja, víboras a la espera de inyectar su veneno. Pequé, sí, el pecado de la confianza en el otro».

Con la mano buscó la cobija. «La dejé en el tendedero... Vaya memoria la mía».

Después sacó un pequeño reloj despertador y lo programó para sonar a las 4:00 a. m. «¿A qué estaría dispuesto para salir de esta pena que me azota? Ya más bajo no puedo caer, todas las consecuencias que vengan de mis actos sólo pueden llevar a un final mejor». Entre quejidos y reproches consiguió dormir nuevamente.

La noche pasó en un abrir y cerrar de ojos. El transcurso del día en el desgastante trabajo fue lento, parecía eterno. ¿Acaso el reloj le jugaba una mala pasada a nuestro héroe? Sin embargo, nuevamente nos encontramos en el cuarto de nuestro protagonista.

—No siento los pies —se quejaba—. Debo dormir, así por lo menos puedo separarme un rato de esta tortura.

Acostado en su cama miraba al techo y decía:

—Alguna alternativa debe haber. Esta deuda no solo se lleva mi dinero, también me absorbe, se traga mis deseos, mi voluntad, mi tranquilidad, mis sueños. Todo está perdido, todo... yo estoy perdido... ¿Cuánto tiempo más? La muerte en este momento sería un acto de piedad. ¡Oh, Dios todopoderoso, ayúdame! ¡Oh, cruel fantasma de los infiernos, ayúdame!

Capítulo 2

No se extrañen en saber que los ruegos de nuestro héroe no fueron escuchados por un todopoderoso ser, muy ocupado para escuchar plegarias y para los problemas de sus hijos. Esta noche los quejidos y reproches de nuestro querido miserable eran escuchados con atención y en silencio desde las sombras. Un hombre abandonado en el silencio de la soledad, le confía sus secretos a cualquier forastero.

Otro día agotador, otra vez doble jornada, otra vez el reloj caminaba sin ningún afán. No sabemos cuán cansado estaba nuestro héroe, desgastado por las extensas jornadas, la pobre comida y la falta de sueño, pero con toda diligencia cumplía su labor. Todo un héroe ¿no les parece? En casa, después de comer sin ganas un huevo frito con arroz, se disponía a descansar.

—A ese huevo ni siquiera pude echarle sal... ¿Terminará acaso este suplicio?

—se preguntaba mientras se disponía a apagar la luz del cuarto...

—Señor mío, en respuesta a sus peticiones y el gran dolor y pesar que me provoca escucharlas, he decidido proponerle un trato.

Se escuchó una voz, pero nuestro héroe estaba solo en su habitación.

—No lo puedo creer, ja, ja, ja, ya también estoy delirando. Pasé de ser un pobre miserable a un miserable loco— se arrojó a su cama a ver el techo repleto de telarañas.

—No descarto que pueda estar loco, señor mío, pero en este momento puedo asegurarle que no delira.

A menos que las paredes cobrarán vida y aprendieran a hablar, no había explicación para que una voz respondiera a los constantes quejidos de nuestro héroe. Este estaba totalmente confundido; quizás el cansancio lo hacía desvariar, o la prolongada y desesperante soledad en la que estaba sumergido, había provocado que algo en su mente creara una voz para conversar.

—Veo que está usted confundido. Tranquilo, no le haré daño. Por el contrario, vengo con la intención de convertirme en su benefactor.

—Eh... No entiendo a qué se refiere —respondió.

—Se lo explicaré. Tome asiento, relájese. Sus quejas han logrado penetrar en mí y causarme compasión. Un buen hombre, engañado por sus amigos, que lo ha perdido todo... Eso es algo que no puedo permitir. Así que he venido con la intención de proponerle un trato, a cambio le prometo que cuando vuelva a abrir los ojos, después de un largo y muy reparador sueño, todas sus penas se habrán ido y no serán más que un amargo recuerdo.

—¿Trato? Nuevamente un negocio, para mí no son más que augurios de perdición...

—Los hombres son curiosos y divertidos, desconfían de los solitarios. Sólo saben dar y recibir limosnas. Nunca piden lo que necesitan, y no dan si no logran ver la miseria ante ellos. Temen ser engañados por alguien sano que se pasa por enfermo, se dicen a sí mismos: «¿Esto es un robo? ¿Acaso está dando lo que le nace del corazón para ayudar al prójimo? ¿Será que quieren comprar su entrada a los cielos?». Me resultan muy curiosos, por eso los disfruto.

Capítulo 3

—Mira... esas luces... ese parpadeo fugaz y borroso. ¿Permitirías que tan solo una de esas se apagase a cambio de saldar tus deudas? ¿Aceptarías? ¿Qué te importa? ¿Acaso las conoces? Probablemente nunca en tu vida las vuelvas a ver ni con el rabillo

del ojo. Mañana dormirás de manera tan apacible que pensarás que este trago tan amargo solo fue un sueño, uno desafortunado. ¿Qué respondes? Solo una luz... —con cada palabra aumentaba el tono de voz—. ¿Qué hicieron ellos por ti? Yo te diré: acelerar su paso para que no te cruzaras con ellos y después reírse de tu desgracia. «¡Oh, ahí va ese miserable!». ¿Qué respondes?

—No me engañas, serpiente, sé a lo que te refieres. ¿Cómo podría vivir yo con esto en mi conciencia? La pena me la he buscado yo... solo yo, pero quiero que acabe. ¿Qué me importan? Ellos no pensarían diferente. Quiero que acabe, quiero que acabe... —Sus palabras eran chillidos y gemidos, sus ojos estaban inundados de lágrimas.

—Eso. Ya lo entiendes. Ahora dime: ¿qué respondes? Te prometo que la luz que se extinga no será mi decisión. Puedes pensar que se lo dejaremos a la fortuna si te hace sentir mejor. Pero es evidente que son efectos causados por decisiones que desembocaron en problemas y ahora buscan una solución desesperada.

Capítulo 4

Vio con impresión cómo se apagaba la luz que correspondía a su casa.

—¿A cambio de qué?

—No seas ingenuo. Bien sabes qué me debes.

—Sí, lo sé. Igualmente, bien poco valía. Una noche no deja de ser noche sin una de sus estrellas... —dijo esto seguido de una larga carcajada—. Por fin he conseguido ganarme el descanso, el descanso eterno...

Ontología del verbo

Manuel Felipe Álvarez-Galeano

Las palabras tienen su propia temperatura:

pueden ser lerdas o picantes según la hora, la compañía y las botellas vacías
se esconden en la terca revelación de lo simple
se hinchan sobre las libidinosas frondas de una ruptura inadvertida
se dividen, como cangrejos, en el cigarro después del sexo
se perfuman cuando el amor germina... cuando se seca... se disecca.

Se ignoran en los subtítulos de las películas triple X
se trenzan en un tango que se baila en la culpa y frente al mar.

Se anudan en los íconos enfermos de la ciudad y en los axiomas de la desnudez
se desvelan en el sangrado segundo en que el duelo abre su cortina
se envenenan en el «parasiempre» y en el «estamosendemocracia»
se sacuden con los muertos negados por la historia oficial
se golpean en el chat y en la receta de los médicos
se queman en el prejuicio, en la desidia, en el desamor...

se desvanecían en los centros clandestinos de detención

las palabras palpitan en la guerra:

la de los montes, la de los mares, la de los cuerpos...

se enredan en el primer «teinvitoasalir» y en el «nopodemosseguirjuntos»

se suicidan cuando nadie las mira y en aquel poema manifiesto en la oficina y que se olvida al regresar a casa

se blanquean en el perdón y cuando algunos vuelven a Dios, con el rabo entre las patas, si el avión va en picada

se ahogan en la promesa y en los velorios...

Se pescan en la traición oculta

se fugan en la mirada de quienes se aman sin declararse

se desentrañan después de vacaciones y en la resignada agonía del exilio.

Se secuestran en los adioses y en un solo de David Gilmour

se cosechan en el desvelo y se desechan con el editor

se reinventan en la esclavitud, en el apego y en las cenizas de una piel solitaria...

Se sufren, se postergan, se amenazan, se callan; pero

las palabras

ni en el silencio

se renuncian.



Sol tempus
Alejandro Vega Gaona
Diseño en calidad fotográfica
2021

El soldado, Yoltic y yo

Meneses Monroy

Nací el 17 de diciembre de 1984, era invierno en la Ciudad de México. Enseguida le dijeron a mi madre que había nacido un niño sano; de buen tamaño y peso. Eso era cierto, mas había otra verdad que nadie advertiría, salvo yo mismo con el paso del tiempo.

A los 15 años, en una visita a la casa de mi abuela, vi una foto de mi bisabuelo materno y el parecido entre ese muchacho de otro siglo y yo, me dejó atónito. Él, al igual que mi persona, tendría su primer hijo a los veinte años. Tiempo después, cuando decidí elaborar mi árbol genealógico y entrevistar a los familiares de mayor edad, me enteré que mi bisabuelo Yoltic, a sus 35 años, tuvo un altercado con un soldado bravucón que lo quería privar de unos terrenos. La disputa escaló, ambos dispararon sus respectivas pistolas. El soldado recibió un tiro en la cabeza; mi bisabuelo un rasguño de bala en el brazo. Después de matar al soldado, Yoltic huyó de la justicia, pero nunca recuperó su paz interior. Yo no tenía terrenos, por eso no me preocupaba. Nadie podía robarme lo que no tenía.

Aún así, con siete lustros de vida, en un fin de año, en Tepemulco, pueblo donde tienen la costumbre de echar disparos al cielo para festejar la llegada del año nuevo, estaba yo, instado por mi anfitrión a disparar al aire. De repente, un hombre a mi costado me empujó, y dijo: «Aquí estamos nuevamente, Yoltic. Esta vez seré yo quien apague tu vida». El hombre apuntó su arma hacia mí y apretó el gatillo, sin dejarme explicar que Yoltic, era mi bisabuelo, que yo era Meneses, un pobre diablo sin posesiones.

Para sorpresa mía, su pistola se trabó. Le apunté con mi fusca en su frente y pensé mil cosas en una fracción de segundo: que esta vez este hombre no acabaría como el otro con un disparo en la cabeza, que la persona que estaba enfrente era un tanto común y más baja que yo de estatura; que Yoltic o Meneses no pasarían de nuevo por la infamia de huir y esconderse de la ley. Pensé que Yoltic llevaba en sus primeras dos letras mi esencia. También, que el bigote de mi rival era un tanto ridículo, y a su vez me sentí ridículo de pensar eso.

El tiempo se había congelado, hasta que siguió su marcha con un disparo.

La eterna ausencia de mamá

Sara María

Mamá está muerta.
Su piel teñida de cal,
sus pechos ya no cálidos,
tiesa,
como una muñeca de porcelana.

Lloran los niños.
¿Ahora de dónde mamarán?
Huérfanos los pobres,
pequeños e indefensos.

Mamá está muerta,
fría,
tiesa.
Y después de unos días,
cadavérica,
putrefacta.

Mamá está muerta.
Mamá está muerta.

¡Mamá está muerta!

El grito desolador.
La carne ya no estará
y el alma tampoco.
Mamá no está
y no estará
mañana, ni pasado mañana.
Nunca más.



Nunca más les volvimos a hacer caso

Víctor M. Campos.

El acuerdo consistía en dejar que el algoritmo eligiera el lugar por nosotros. Al llegar nos desconectaríamos por un tiempo. Por primera vez podríamos relacionarnos estrechamente, tocarnos, estar a la misma hora y en el mismo lugar con otro ser humano. ¡Vaya excentricidad!

Ahora entiendo por qué nacimos con una barrera de por medio, con esa pantalla que nos mantiene a sana distancia del otro. ¿Cómo sobrevivieron los que fueron obligados a convivir en la presencialidad cada día, a rozarse cada hora, a hablar entre sí cada minuto? Eso debió agotarlos a tal punto que seguro no les quedaron energías para hacer del presente un tiempo y lugar habitables, para desear otra cosa que no fuera extinguirse lo antes posible.

El acuerdo era vivir esa experiencia de la que con tanta nostalgia hablaban los abuelos y a la que con tanto entusiasmo nos empujaron.

No sé en qué estábamos pensando.

Nuestra relación iba bien. Gracias al 5G había tantas cosas que ver en la pantalla que solo a un loco se le hubiera ocurrido desperdiciar el tiempo queriendo vivirlas. Fue gracias a esa magia que nos conocimos. Todo estaba bien, sí, pero en un momento de flaqueza nos dejamos llevar. Entonces, el algoritmo eligió aquel bosque remoto de pinos altísimos e infinitos senderos. Nos gustó su elección pero más nos gustó no tener que ser nosotros los que tuviéramos que elegir.

En cuanto estuvimos juntos nos agarramos de la mano y nos internamos en el bosque. Esa extraña sensación de los dedos entrelazados fue mucho menos agradable de lo que decían. Recuerdo que sentimos asco cuando empezamos a sudar. Inmediatamente nos soltamos y cada uno se limpió como pudo. Además de la transmisión de un virus, ¿podría haber algo positivo en ese intercambio de fluidos? De verdad había que estar demente para abandonar la seguridad y el confort de nuestra casa para vivir esa experiencia tan antihigiénica como incierta.

Pero ya era muy tarde.

Al volver a la cabaña nos lavamos las manos y vaciamos media botella de gel antibacterial. Después, nos sentamos frente a la chimenea, cada uno abrigado con su cobija, y brindamos sin chocar nuestras copas. Por el algoritmo, por el bosque, por nosotros. Un nosotros enrarecido ahora que teníamos que vernos a la cara y comunicarnos oralmente, sin emojis, sin nuestro banco de *stickers* al alcance. Lo intentamos, pero muy pronto nos quedamos sin nada que decir y sin más resquicio en donde poner los ojos que no fuera el vuelo de una mosca o el paisaje monótono de la ventana.

Cada uno resultó ser tan abrumadoramente real para el otro, que no hubo manera de conciliar nuestras expectativas con aquella decepción que estábamos experimentando. Recordé a los abuelos enumerando las bondades de estar con el otro, de ponernos en sus zapatos, de reconocernos en él. Nomás de imaginarme tocando la huella de sus pasos con mis pies, el sudor de ambos hollando y humedeciendo el interior de esos zapatos..., guácala, no, muchas gracias.

Nos sobrevino una arcada, así que antes de que algo peor pudiera pasar cada uno se fue a refugiarse a su habitación. Al rato, ya más calmado, prendí mi celular. Temeroso de que me hubiera bloqueado le envié un emoji con las mejillas sonrojadas y los ojos abiertos y neutros. Tardó un rato en contestar pero, al fin, lo hizo con el mismo emoji. Suspiré aliviado. Al día siguiente cada quién pidió su Uber y hasta ahí llegó nuestra excéntrica aventura.

A los abuelos nunca más les volvimos a hacer caso.

El perro de la carretera

Yael Iván Salmerón Angón

En la carretera estaba el cuerpo inerte de un perro al que atropellaron momentos antes. Presencí el instante exacto en que fue arrollado por un camionero que, sin importarle mucho, siguió sin remordimiento alguno a rematarlo con las ruedas traseras del camión.

Al parecer el perro murió de inmediato; el camión iba a una velocidad muy alta y el impacto era demasiado fuerte como para que lo soportara.

Me detuve y traté de jalarlo a la orilla para que no terminara deshecho con los otros autos pasándole por encima; el perro pesaba más de lo que pensé, aun cuando solo era arrastrado.

Ya en la orilla, me senté en el cofre de mi auto a reflexionar sobre cómo terminé trasladando a un perro que no supo cruzar una carretera, y sobre el camionero irresponsable que no pudo esquivarlo. No era importante saber quién había sido el culpable del accidente, la víctima yacía en la orilla de la carretera desecha, sin vida.

La vida es vida, pensé, la de un perro o la de un humano. No veo una real diferencia sobre cómo un ser vivo puede decidir sobre otro. Tal vez la existencia del animal no fue conscientemente arrebatada, quizás el conductor ni siquiera vio al perro y solo pensó que era un bache de los muchos que hay en la carretera.

Mi estancia en la orilla de la carretera me retrasó 40 minutos, tenía un destino y parecía que no llegaría. Hoy, 26 de mayo, empezaba mi trabajo en la perrera municipal, donde quizá también tenía que asesinar perros, pero estos se lo merecían.

Estrella distante

Sebastián Alejandro Marín Agudelo



Ilustración: José Vallejo

En un planeta azul, el tercero de su sistema solar, cubierto de barro, vapores calientes y exuberante vegetación, creció una gigantesca flor, de la que surgió una niña de varios metros de altura. Era tan alta que podía tocar las nubes. Siendo tan alta, la niña solo podía observar desde las alturas lo que tocaba con sus pies; era tan grande que cubría praderas enteras con estos. Eran todas las cosas tan diminutas, tan pequeñas, que ella se preguntaba por qué era tan diferente de todo lo demás a su alrededor.

Los años fueron pasando y la soledad de la gigantesca niña se fue haciendo evidente a medida que veía más y más animales, todos distintos, pero ninguno único como ella. Sus pensamientos llegaban con más fuerza y su soledad crecía. Un día, acostada sobre una gran pradera y viendo hacia el cielo notó, muy a lo lejos, aquella estrella

calurosa que la sobrecogía siempre, y se preguntó si sería posible tocarla. Se puso de pie y estiró los brazos con fuerza, pero no la alcanzó; saltó y saltó, pero no lo logró, así que se sentó triste y enfurecida a observar a los animales, las flores, las aves y los peces. De pronto, en la lejanía observó una gigantesca montaña que se alzaba casi hasta sus caderas. Corrió hasta allí, se trepó sobre la inmensa montaña y se dispuso a saltar nuevamente. Saltó esta vez tan alto que se dejó caer apoyándose sobre sus rodillas, y brincó luego con tanta fuerza hacia arriba que logró salir del planeta azul. No obstante, al aproximarse a aquella estrella, objeto de su deseo, una fuerza incontestable la detuvo y empujó hacia abajo, y la obligó a girar sobre aquel planeta de donde provenía.

La gigantesca niña se fue consumiendo. En su inmensa tristeza y en ese continuo girar, se convirtió en una piedra redonda de color blanco, que gira alrededor del cuerpo celeste, reflejando la luz de aquella distante y calurosa estrella, con la esperanza de algún día alcanzarla. Ahora los ojos de todos los seres vivientes de aquel planeta azul la observan a ella en la distancia, sabiéndola única, un faro para muchos y una inspiración para otros.

LECTURA RECOMENDADA



TERRITORIO CULTURAL

No. 2

Agosto de 1999

Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia

Dirección de Cultura

Medellín, Colombia

Tierra y territorialidad

Palabras pronunciadas en el acto de entrega del primer número de *Territorio cultural*

Édgar Garavito

Agradezco a la Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia la invitación al lanzamiento de la revista *Territorio Cultural*. Los felicito por la creación de este medio cultural, muy importante para la región. A los presentes quiero agradecerles por la asistencia y el interés. Voy a hacer una exposición muy breve.

Yo procedo de un medio académico, de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, y fui invitado para que dijera unas breves palabras en relación con la noción de territorio, ya que la revista se denomina *Territorio cultural*, tema que de alguna manera he trabajado en algunos de mis cursos. Brevemente voy a hacer algunas apreciaciones en relación con el concepto de territorio. Son ideas que quizá puedan contribuir a aclarar un

poco esta noción y la importancia que ella tiene en el medio cultural.

Pondré en relación tres o cuatro conceptos. Todos tienen la raíz latina *terra*. Voy a poner en relación la tierra, lo terrígeno, lo territorial y la territorialización. Las cuatro nociones tienen la raíz *terra* y con ellas espero poder contribuir con la revista y concretamente con el estudio del problema del territorio.

De la tierra, primera noción que menciono, pudiéramos decir que procede de los griegos desde *La teogonía* de Hesíodo. El poeta Hesíodo es retomado por Aristóteles en la *Física*, parágrafo 208, cuando dice lo siguiente: “Y podría parecer que Hesiodo hablaba con razón cuando hizo del caos la realidad primordial. Lo primero fue el caos y luego Gea,

la tierra, la de amplio seno”. Según Hesíodo la tierra procede del caos. Podríamos decir en cierta forma que cada uno de nosotros tiene su tierra, tiene su casa.

Esa tierra, esa casa, y también ese caos, los encontramos en muchas cosas. Por ejemplo, en el simple acto de despertar en la mañana yo veo la relación con Hesíodo. Habría en el momento de despertar, o en los minutos anteriores, una relación con el caos: todo está disperso, fragmentado. Recuerden al respecto *En busca del tiempo perdido*, de Proust. Allí aparece el niño durmiente que comienza a despertar; todo el entorno parece proceder del caos y las formas conocidas no se recomponen: el armario, la mesa, la chimenea, la ventana, todo parece mezclado, fragmentado. Lo mismo sucede con el lenguaje: también al dormir el lenguaje parece proveniente del caos, fragmentado e impreciso. Luego, al despertar, las cosas y las palabras poco a poco se recomponen, ocupan su lugar. Diríamos que el yo, el ego, se define o se redefine y que de alguna manera las cosas vuelven a adquirir la pesadez habitual.

Si la tierra procede de caos, como dice Hesíodo, al despertar habría que poder entrar en la tierra. Para entrar en ella es necesario tener un ritmo de incorporación, un ritmo con el que uno pueda vivir y atravesar el día. Claro está que hay que despertarse tranquilos, armónicos, agradables y hay despertares terroríficos.

Si tomamos otro de los grandes autores del siglo xx, recuerden ustedes el despertar de Gregorio Samsa. Una mañana despierta transformado en un monstruo insecto, con innumerables patas moviéndose sobre su vientre oscuro y arqueado. Y esto en Kafka es literal, no es ninguna metáfora.

Digamos que antes de despertar a lo Kafka, antes de entrar uno en lo *terro-rífico*, se entra simplemente en la tierra. La tierra es como la casa. Para poder entrar allí y vivir el día es necesario trazar ciertos espacios, ciertos círculos o centros por frágiles que sean. Es necesario organizar de alguna manera ese espacio o por lo menos darle algo de consistencia.

Entrar en la tierra puede ser, como ustedes se dan cuenta, el paso de Caos a Tierra en la mitología griega o el paso de la noche al día para cada uno de nosotros. Cuando ya se está en la tierra se viven entonces dos peligros: un primer peligro sería volver al caos, sentir tantos obstáculos en la tierra en la que se trata de vivir que termine uno por perderse de nuevo en el caos. El otro peligro sería resultar completamente territorializado, cuando en nuestra vida las posibilidades de invención, de creación, de improvisación se pierden. Ser territorializado quiere decir estar capturado por unos aparatos geométricos, semiológicos o interpretativos rígidos que hacen que en nuestra vida no podamos abrirnos hacia un acto creador. *Territorialización y desterrito-*

rialización son conceptos procedentes de la filosofía de Deleuze y Guattari. Ser territorializado correspondería a estar capturado sin posibilidad creativa. Y la desterritorialización correspondería al acto por el cual se rompe la captura.

Entre tierra y territorialización, que serían dos polos extremos, quiero plantearles dos conceptos intermedios: lo terrígeno y lo territorial. Terrígeno es una simple palabra que retomo de una enciclopedia, pero trato de crear allí un concepto. La palabra terrígeno me sirve para la creación de mi concepto porque *genos* quiere decir creación, surgimiento, nacimiento. Y terrígeno es lo que nace, lo que es creado por la propia tierra. Lo territorial, en cambio, es más bien una creación humana: los humanos crean territorio y también los animales lo hacen. De esta manera tendríamos cuatro conceptos: tierra y territorialización como los conceptos extremos y, en el centro, tratando de encontrar un punto de enlace que nos permita avanzar en algo creativo, encontraríamos los conceptos de “lo terrígeno” y “lo territorial”. Lo terrígeno es una expresión de la propia tierra y lo territorial es más que todo una expresión humana o animal.

Terrígeno quiere decir fuerza que nace de la tierra y que produce una dinámica, un movimiento. No crean ustedes que la tierra es lo estable, lo quieto, lo que no se mueve. Galileo y Copérnico hicieron una gran revolución científica en el Renacimiento, cuando

dijeron que la tierra se mueve alrededor del sol y sobre sí misma. Sin embargo, el imaginario cultural occidental que viene después de Galileo y de Copérnico quiere que la tierra sea lo estable, lo que no se mueve y por eso en la historia de la ciencia uno encuentra ejemplos de intentos por volver a producir la revolución de Galileo y Copérnico en el imaginario cultural. Por ejemplo en el año 1905 un geólogo, geofísico y meteorólogo alemán llamado Alfredo Wegener tuvo que volver de alguna manera a hacer la revolución de Galileo porque las conciencias y los imaginarios no aceptaban ya que la tierra se moviera. Wegener propuso una hipótesis un tanto rara. Pero hay que decir que toda creación procede de la rareza y no de lo sabido. Wegener dijo que los continentes se desplazan, proponiendo una teoría *orogénica*. Los continentes, según Wegener, formaban antes una única masa terrestre que él llamaba el “pangeo”, es decir, el “todo tierra”. En un momento de la formación de la tierra se produce la separación de los continentes y el viaje de los continentes hasta su lugar actual. Este ejemplo muestra que Wegener tuvo que revolucionar el imaginario que creía que la tierra es lo estable para poder hablar de movimiento de los continentes.

Efectivamente la tierra se mueve, tiene su dinámica; la tierra es lo que permanentemente tiene un dinamismo. Diríamos, en términos de Guattari, que la tierra es la desterritorializada, la que

no se somete a los territorios como formas, sino que más bien en su dinámica fluye por fuera del territorio. Pero no solamente está el caso de Wegener. Podemos recurrir también como ejemplo a las culturas aborígenes latinoamericanas. En la lengua quechua (o quichua como los incas la nombran) *asurco* es montaña y *asur* es el espíritu potente de la tierra que cuando emana forma las montañas. De manera que en unas culturas tan distintas como la quechua y la alemana encontramos esa idea del movimiento de la tierra. Eso es lo que yo llamaría lo terrígeno, es decir, la tierra que se mueve, la tierra que tiene un dinamismo.

Un bello ejemplo de lo terrígeno nos lo dan los desiertos. Comúnmente para nosotros los desiertos son algo muerto. Tierra muerta. Passolini dice que los hebreos se encaminaron hacia el desierto y caminaron todo el día desde la aurora hasta el crepúsculo, viendo la igualdad y la permanencia del desierto hasta que se formó en ellos, con el paso del tiempo, la idea de unidad. Eso dice Passolini en un texto muy bello, pero quizá contra Passolini el desierto es un espacio abierto, dinámico, no inmóvil. Para dar una idea de lo terrígeno digamos que en el desierto aparece y luego desaparece una tierra muy extraña que es el oasis. Es como si la tierra se plegara en el desierto y al plegarse formara un oasis, un espacio con vegetación y con manantiales de agua. En medio del desierto la tierra hace un oasis y los nómadas, los tuaregs, sa-

ben perfectamente dónde está el oasis, dónde desaparece y dónde vuelve a aparecer y lo saben encontrar. Cualquiera de nosotros se perdería en medio del desierto; un nómada del desierto, no. Quizá porque ellos mantienen su cuerpo en relación con lo terrígeno, con las fuerzas de la tierra. Lo que nosotros no vemos, accidentalmente perdidos en el desierto, ellos lo saben descubrir. Ellos saben encontrar perfectamente el oasis, esas fuerzas de la tierra que se expresan como oasis y que les permiten sobrevivir.

La tierra es tan dinámica que por ejemplo en el caso de los oasis pasa de lo virtual a lo actual. El oasis es actual y cuando lo vamos a alcanzar se puede volver virtual. Es algo que se dice en las artes contemporáneas: el paso de lo virtual a lo actual, los nómadas, seres terrígenos, logran sobrevivir. Ser territorializado sería fatal en el desierto geológico y en el desierto urbano. Ser territorializado es moverse a partir de modelos rígidos de comportamiento, de geometrías que controlan el territorio o de semiologías, signos y escrituras que vuelven el territorio un lugar de captura. Siempre corremos el riesgo de caer en una situación como la de estar en el desierto y no poder sobrevivir. Tal vez al ser territorializados no podremos sobrevivir ni siquiera en el espacio de nuestra vida urbana común. Esto que digo del desierto se puede decir también del mar o de cualquier espacio abierto. Los espacios abiertos de la tierra son el

mar, el desierto, la estepa y la selva.

¿Qué es, por otra parte, lo territorial? Es una obra del hombre o del animal. Podemos decir que los animales, entre ellos el hombre, separan de un espacio abierto cierto espacio delimitado para lo cual utilizan marcas, los colores de una planta, los olores, los sonidos, etc. Las aves, por ejemplo, cantan en un extremo de su territorio con una cierta tonalidad para atraer a su pareja y cantan con otra tonalidad en el otro extremo, para avisarles al resto de las aves que ese territorio les pertenece: una tonalidad de la voz cumple la función de agresión para que no sea invadido el territorio mientras que otra tonalidad corresponde a la función sexual invitando a la pareja a que entre en el territorio. Esto es lo que se llamaría crear el territorio: establecer marcas y luego relacionar esas marcas entre sí. El animal recorre estas marcas creando un ritmo; va de una marca a otra, va de un extremo del territorio al otro, afirmando su posesión en un espacio territorial que conocerá cada vez mejor. En ese proceso lo que hace es afirmar un ritmo de poblamiento. Todo esto lo encuentran ustedes perfectamente descrito en Konrad Lorenz y en otros etólogos.

El ritmo de poblamiento se traduce finalmente en un estilo de poblamiento. Todo acto de creación conduce a la creación de un estilo. Crear es crear un estilo. Así, la creación territorial crea un estilo para poblar el territorio, un ritmo, una manera de vivir,

una relación no solo con el espacio sino también con el tiempo. Podríamos ver igualmente la creación territorial en los niños que juegan en un parque: el parque sería el espacio abierto, pero los niños crean su territorio y sus marcas, trazan ciertos límites de manera que quien sobrepase los límites pierde el juego; en el juego se distribuyen también las funciones y los roles diciendo, por ejemplo, pin uno, pin dos, pin tres... y cada quien adquiere una función y un rol, de la misma manera como el animal ubica y garantiza el ejercicio de sus funciones. Lo mismo que decimos para niños y animales podríamos decirlo para el arte. Hacer arte es crear un territorio, con marcas, con ritmos, con estilos de poblamiento. En música, por ejemplo, hay ritmos crecientes y ritmos decrecientes capaces de producir un declive que lleva a un solo sonido o al silencio. Hay música también con ritmo constante. Lo que quiero señalar es que el territorio como obra del animal o del hombre no tiene nada de negativo. Otra cosa es la territorialización improductiva o despótica. Sin embargo, el territorio no es jamás lo terrígeno. Una vez más lo terrígeno es expresión propia de la tierra y lo territorial es expresión animal y humana.

Con relación a lo territorial pudiera añadir una breve idea. Hay dos grandes estudiosos contemporáneos de Grecia que son Jean Pierre Vernant y Marcel Detienne. Cuando Marcel Detienne se pregunta por qué la filosofía

apareció en Grecia, da una posible respuesta y es una respuesta territorial. Dice primero que los griegos hicieron una reforma urbana por la cual crearon un centro, un espacio para hablar y a ese espacio lo llamaron ágora. Allí se reunieron los filósofos y los políticos. Allí hablaban y allí se definió: la vida urbana. Pero lo interesante de este pensador es que dice que ese espacio griego, el lugar de habla, nació en los bosques con los guerreros. Los guerreros griegos iban por los bosques y desbrozaban una zona, creaban un círculo en el bosque; en el centro del círculo colocaban el botín o tal vez no colocaban nada. Lo importante es que se reunían en círculo en ese claro del bosque y allí hablaban. Así se generaron los primeros filósofos, dice Detienne.

¿Por qué en Oriente hay religión y no filosofía y por qué la filosofía es griega? Tal vez porque en Oriente la luz viene del cielo, de arriba; y cae sobre los hombres. En cambio en Grecia la luz, entendiendo por luz la *aleteia*, la verdad, la palabra, nace de ese claro del bosque y después en el ágora. Es un ejemplo también de lo territorial.

El gran problema con lo territorial está en la *territorialización*, si aceptamos utilizar esa larga palabra de difícil pronunciación. La territorialización consiste en descargarle a lo territorial un aparato rígido ya sea geométrico o semiológico. Por ejemplo, cuando los hebreos estando en el desierto fueron orientados por sus propios

sacerdotes se dio origen a una geometrización, a un control, a la creación de orientaciones en el desierto: el norte, el sur, etcétera. No eran orientaciones nómades buscando los oasis sino orientaciones territorializantes.

Ese territorio abierto llegó a convertirse en un territorio de captura. En un libro como *Mil mesetas*, de Deleuze y Guattari, se lee que los sacerdotes hebreos lo que hacen es señalar primero un norte y decir “esta vida en el desierto no es una vida plena, tenemos que llegar a la meta del más allá para poder alcanzar la plenitud y la felicidad”. En ese sentido la vida libre del desierto se convierte en una vida de carencia y se pone toda la vida en relación con el más allá. Y después, mirando hacia el sur, los sacerdotes promueven o condenan la fiesta y la orgía y entonces se confunde la creación y la libertad con la fiesta y la orgía. Allí tendríamos otro polo de control peligroso de esa vida libre. Y más tarde, mirando hacia el oriente, el sacerdote hebreo recuerda a los pueblos hindúes y dice “esta vida es pura apariencia, nosotros somos fantasmas, tenemos que suprimir nuestros goces porque el goce es fantasma; debemos hacer el sacrificio de esta vida y suprimir el goce”. Y finalmente está el occidente, un lugar hacia donde no se podía mirar porque aquel que pasara más allá de las columnas de Hércules, en Gibraltar, moriría. Hacia occidente se anuncia la muerte, Todo esto es territorializar el territorio. Así lo territo-

rial, que puede ser un acto de creación, que puede ser dinámico y móvil, sobre todo si guarda relación con lo terrígeno, llega a ser territorializado. La pérdida de libertad y de creatividad es el peligro de la territorialización.

De ahí la importancia de señalar que siempre cabe la posibilidad de la desterritorialización, escapando de esa territorialización rígida. Salir de ella quiere decir recuperar lo territorial libre y lo terrígeno como fuerza misma de la tierra. No olvidemos que la tierra no es forma, no es muro o muralla, no son puntos fijos; tampoco es fuerza: con ella las marcas se desplazan e igualmente los territorios. La tierra puede llegar a volverse indiscernible con el cielo, puede cambiar como cambia el desierto con las ondulaciones de arena. En la tierra hay variabilidad. En cambio la territorialización es formación de centros de gravedad, de lugares en donde se realizan las actividades humanas repetitivas convirtiendo los territorios en lugares rígidos.

La gran posibilidad del territorio es no perder de vista esa relación con lo terrígeno, con las fuerzas mismas de la tierra que en el fondo son las fuerzas de la misma vida. Porque lo mismo que decimos de la tierra se podría decir de la vida en general. Cada uno de nosotros tiene una doble presencia de la vida: por una parte “esta vida nuestra” en la que nos reconocemos, a la que controlamos, a la que limitamos. Pero por otra parte, a través de “esta vida” pasa

el flujo libre de “la vida”, una vida que rompe los límites en los que tratamos de colocar nuestra vida o “esta vida”.

Pudiéramos terminar haciendo referencia a un texto que trata de la distinción planteada entre “una vida” y “esta vida”, distinción que finalmente es la misma que hemos establecido entre la tierra y los peligros de la territorialización. Es un ejemplo que toma Gilles Deleuze de Charles Dickens, el novelista inglés. Dice Deleuze que nadie mejor que Dickens para contarlo que es “una vida” como fuerza libre y cómo se diferencia de “estas vidas” en las que nos encerramos, que nos limitan y que nos reducen: un hombre malo, un canalla, un criminal, un hombre rechazado por toda la sociedad, es rescatado moribundo por unos ciudadanos que lo cuidan y sienten una especie de respeto por él. Todos se esfuerzan por salvarlo y sienten amor por ese moribundo así sea un criminal. Y se sienten felices ante el menor signo de vida del moribundo. Entonces en lo más profundo de su coma el hombre se siente penetrado por una dulzura, la dulzura de la atención que recibe. El hombre está entre la vida y la muerte y entre ellas hay un momento en el que no se presenta nada distinto que la fuerza de la vida jugándose toda con la muerte. No es la vida de un hombre; es la vida que nos atraviesa a todos como fuerza y que lucha allí contra la muerte. Finalmente el criminal se salva. “Pero a medida que el hombre retorna a la vida, a esa vida que él tiene,

que él controla, que él conoce, a medida que vuelve a encerrarse en su vida de criminal y abandona la relación con esa vida libre que lo comunica con todos, entonces el hombre va recuperando toda su burdeza y toda su maldad”.

De manera que ése es el peligro de las territorializaciones. Estar territorializado es estar encerrado en unos esquemas de comportamiento que nos alejan de lo terrígeno y de la vida.

Pues bien. En relación con la revista *Territorio cultural* a la que no sólo le deseo muchos años sino todo un milenio de éxitos, quisiera que su bello nombre la condujese no hacia la territorialización ni la captura, sino más bien a poner en relación lo territorial con lo terrígeno y con la vida, como fuerzas dinámicas que hablan a través del territorio.



Gacetilla Filología



@gacetilla_filologia